

A photograph of two women from the waist down, standing on a wooden pier. They are holding hands. The woman on the left is wearing a pink and black striped shirt and blue jeans with the cuffs rolled up. She is barefoot. The woman on the right is wearing a black top and blue jeans, wearing brown sandals. They are standing on a wooden pier with a lake and green trees in the background under a clear blue sky.

safo
colección

Enredadas

Isabel Montes

ODISEA EDITORIAL

Lucía y Carol viven por separado una relación con un detonante en común, Malena, quien no puede renunciar a la pasión desbordante de Lucía y a la naturalidad carnal de Carol.

Los intentos de Malena para que sus dos vidas no se crucen resultarán inútiles ante sus sentimientos y los de sus dos amantes. Todo esto precipitará aún más los acontecimientos y obligará a Malena a tomar una decisión: elegir entre una ardiente relación clandestina con Lucía o vivir un amor romántico y a la luz del día con Carol.

Isabel Montes

Enredadas

ePub r1.3

Titivillus 12.01.15

Título original: *Enredadas*
Isabel Montes, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Flotaba fuera de su cuerpo. El vértigo, salvaje, incontrolable, sobrenatural. Cuando volvió a la realidad, su cuerpo yacía inerte sobre la cama. Se dejó abrazar sin fuerza ninguna. El sublime calor del otro cuerpo, la ayudó a recuperarse en una dulce quietud, después de una intensidad avasalladora y brutal.

Esos minutos en sus brazos, los mejores, en muchos años. Ahora, todo empezaba a tener sentido. Por fin había encontrado el camino. Todo encajaba en su sitio. No imaginaba que pudiera existir ese mundo. Ese otro mundo, lleno de todo lo que ella, tenía, ahora. Se sentía llena de vida. Ella era la pieza que faltaba para completar el puzzle. La mujer más afortunada del mundo, sin duda ninguna.

Arropada por su desnudez, los labios de su amante, besaron su cuello, con una dulzura extrema, con ternura desconocida, con suavidad insólita. Su piel reaccionó al cariño que recibía estremeciéndose por completo. Su cuerpo se abandonó al roce mimoso de sus manos amantes.

Se dio la vuelta y pudo disfrutar de su sonrisa enamorada, de sus ojos de mirada infinita. Su boca buscaba la suya, ávida del abismo de placer que le tenía reservado. Le dio la bienvenida, abriendo, de par en par su corazón. Consciente de que en cada envite, y cachito a cachito, iba perdiendo un trocito, sin remedio y para siempre. Había vendido su alma y ya no había marcha atrás.

—Quédate toda la noche, sólo por esta vez.

—Malena, te lo suplico, no me hagas esto.

—Tienes razón, perdona, no volverá a pasar.

Lucía la miró y quiso entregarse a ella de nuevo, pero había que parar en seco. No había otra manera. Por muy a gusto que se encontrara, tenía que volver a su vida, por muy duro que le resultara.

«A esperar de nuevo» dijo para sí Malena. Algo que le empezaba a molestar.

¿Cuánto tendría que esperar esta vez? Cuatro, cinco días. ¿Y, cuando iba a ser capaz de dejar de contar los malditos días? No lo dudó cuando recibió la llamada de Nuria para quedar ese día.

Casi acababan de llegar cuando vieron a sus amigas.

—¿Entramos? Hay bastante gente, dijo Nuria.

—Es habitual el último día, soltó con ironía, una de sus amigas.

—Por lo menos, esta vez no nos la perderemos.

—Hoy tenemos la agenda llena —comentó Malena mientras pasaban dentro.

—Creo que lo tenemos bien organizado. Primero la exposición. Después con

Marisol y su chica, unas cervecitas, y después en el «Tenedor Enamorado» con los chicos.

—¡Qué stress! —Dijo Malena riendo.

La exposición resultó interesante. Malena estaba relajada, le venía muy bien quedar y salir. Se negaba a guardar su ausencia. Tenía que llevar el control de su vida, fuera, de lo que Lucía le imponía. Y se lo había impuesto como una obligación.

Nuria comentaba algo a Malena, cuando esta, vio al fondo, a Lucía.

«No puede ser». El estómago se le hizo un nudo, iba con dos mujeres más, supuso que serían amigas. «Por lo menos no va con su marido» pensó con alivio. Hizo como si nada, y siguió la visita, intentando no coincidir con ella. Hubiera preferido irse en ese momento, pero era una buena ocasión para ponerse a prueba.

Lucía la vio desde el primer momento en que entró. Controló sus nervios como pudo, y se comportó como si nada. Aunque no podía remediar el temblor de sus piernas cada vez que la veía. Malena representaba lo prohibido, el deseo oculto, amor clandestino. Gocé vetado, imaginación sin límite.

Desde el principio de su relación, por llamarlo de alguna manera, en esos momentos, en los que las dos se ignoraban por completo, tratándose como extrañas, hacía estragos en ella. Su mente, se retorció en mil preguntas sin respuesta. Al tiempo que sentía crecer su deseo por ella, todavía más, si eso fuera posible.

Malena recibió un mensaje en su móvil: «Estás preciosa», sonrió para sus adentros. Miró dónde se encontraba Lucía, y en ese instante, fijaba su atención en un cuadro.

Mil veces se imaginaba tener la libertad de poder hacer lo que quisieran. Ir y venir juntas dónde se les antojara, y a la vista de todos. Aunque tenía que reconocer que hacía todo más excitante cuando coincidían en algún sitio, se ponía en marcha, su juego privado, que las envolvía dentro de un velo invisible y provocador, al que sólo ellas podían acceder. Y que una vez a solas, daban rienda suelta a todo lo escondido.

Siguieron con la visita, escultura a escultura, pintura a pintura. El deseo al verla allí, distante, indiferente a su persona, iba creciendo de forma desmesurada. Hasta el punto de rozar la imprudencia.

Malena pudo aspirar, como veneno provocador, su perfume. Lucía se puso a su lado, mirando con fingido interés un detalle de la escultura. Una diosa romana desnuda les miraba con la indiferencia de sus ojos vacíos.

Lucía la rodeó despacio, muy despacio, fingía recrearse en cada detalle mientras sonreía disimuladamente. Malena, de pie, inmóvil, la observaba sin mirarla. Ese fugaz momento, sin nadie alrededor, hizo que la respuesta física, fuera inevitable e idéntica

para las dos. No contenta con eso, Lucía, la rozó imperceptiblemente al pasar por detrás de ella, quedarse unos segundos parada, para a continuación, marcharse sin más.

«Eres cruel», Lucía leyó el mensaje. La satisfacción, se podía ver perfectamente en su cara.

Por fortuna, terminaron antes la visita. El ver a Lucía pululando por ahí, la descentraba al máximo. No se daba muy buena puntuación. «Bueno ha sido la primera vez, la siguiente será mejor».

El bullicio del bar le hizo salir de la nube en la que se encontraba, y volver a lo cotidiano. Nuria y ella esperaban a sus dos amigas sentadas en la barra.

—Espero que no lleguen muy tarde —Nuria miró su reloj.

—Es la última vez que tenemos tres citas en la misma noche, no disfrutas ninguna.

—Es cierto, es mejor concentrarse en una o como mucho en dos.

Nuria se rio:

—Tú siempre pensando en lo mismo.

Poco duró su tranquilidad, Lucía y sus amigas volvieron a hacer acto de aparición. «No, por favor» pensó para sus adentros.

—¿Qué te pasa? —Dijo Nuria.

—Nada, es que hay mucho ruido.

Lucía se fijó y se llevó una sorpresa. ¿Era amiga de Nuria, su socia? No podía ser. Esto lo complicaba todo. ¿Le habría contado Malena lo suyo? No, no lo creía, Malena nunca le comentó nada al respecto. Y ahora tenía que lidiar con la sensación de impotencia al no poder acercarse y verla charlando tranquilamente, ¿sería una cita? Se fijó en que no eran las mismas chicas de la exposición. ¿Dos y dos? No le hizo la más mínima gracia. Hizo un esfuerzo sobrehumano para no mirar a su mesa. Pero no pudo evitar observar lo bien que parecía estar pasándolo. ¿Y si se acercaba a saludar a Nuria? Ella no le había visto, podía hacerse la encontradiza.

Esa noche ya no sería lo mismo. Verla lo había cambiado todo. Ahora no podría evitar pensar en cuanto le hubiera gustado acabarla con ella. ¿Una llamadita a última hora? «Mejor no ceder a la tentación». Se obligó a prestar atención a la conversación de sus amigas, ni siquiera sabía de qué estaban hablando.

Después de un par de rondas salieron en dirección al restaurante. Lucía al pasar por delante de su mesa, ni siquiera la miró. Y Nuria afortunadamente tampoco la vio.

Ya en la calle se sintió aliviada, «mejor así». Aunque sabía que ya daba igual. Malena le acompañaría toda la noche.

«Bueno, esta vez, has mejorado, no has hecho el más mínimo gesto, siquiera,

sigue así» pensó mientras por el rabillo del ojo, las veía salir fuera.

—¡Vamos a llegar tarde! —Dijo de pronto Nuria. Malena miró el reloj—. ¡Nos van a matar! Es su cumpleaños.

—Hasta luego chicas, nos vemos.

A la carrera, llegaron al restaurante.

Lucía no se lo podía creer, cuando las vio entrar. Casi se atraganta con el vino.

Dos chicos, que no llevaban mucho tiempo sentados, las esperaban en una mesa algo apartada de la suya. Se fijó, porque uno de ellos, le resultaba familiar, creyó haberle visto con Malena en alguna ocasión.

Apuradas se sentaron a la mesa. Le divirtió verlas disculparse por no haber sido puntuales.

«En tres sitios diferentes con tres grupos diferentes. Y encima coincidimos en los tres. En el siguiente lo haremos a solas». Otra vez su cuerpo respondió, a lo que su mente imaginaba. Pero se cortó de raíz, al ver cómo uno de ellos le decía algo al oído a Malena y esta sonreía con picardía mientras bebía de su copa.

Se tuvo que tragar, el ver cómo después de darle el regalo, se daban un beso en los labios. ¿Qué significaba aquello? Le faltó poco para levantarse y pedirle todo tipo de explicaciones.

Estuvo tentada al salir, de pasar al lado de la mesa y disimuladamente, hacerse ver y dirigirla una mirada de reproche, pero decidió que lo mejor, sería dejarlo para cuando se vieran la próxima vez. Aunque no estaba muy segura de poder esperar hasta entonces. No dejaría pasar mucho tiempo hasta verse.

Aparcó frente a su casa, sonó un mensaje: «¿Solo chicas?». Lucía no contestó. Estaba más que molesta. ¿A qué venía ese estúpido coqueteo?

—Hola ¿lo has pasado bien? —Preguntó su marido al verla entrar.

—Ahora lo pasaré mejor, dijo cogiéndole la mano y llevándole al dormitorio.

Estaba furiosa, tenía que descargar toda la adrenalina como fuera. Aunque en la cama esa noche, fueran tres. No conseguía sacar a Malena de su cabeza.

Durante toda la semana, no hubo más mensajes, ni Lucía la llamó. Malena tenía prohibido cualquier llamada o mensaje por sorpresa, siempre Lucía era la primera, y eso era, como obtener permiso para contestar, al estar el panorama despejado.

Dejó transcurrir los días con la rutina del trabajo y las horas en el gimnasio. Y alguna tarde de compras por el centro.

No era la primera vez que pasaban tanto tiempo sin saber una de otra.

Era como si Lucía lo hiciera a propósito, y en efecto, así era. Dejarla como olvidada, teniendo ella las riendas de la situación. Era la que dirigía todo.

Ella entraba en su juego tardando más de lo normal en contestarle a su mensaje. Lo que provocaba el enfado de Lucía. Su juego no tenía fin y cada vez era más y más desafiante.

El jueves por la noche le llegó su mensaje: «Este viernes, Hotel Las Rosas, habitación 233». Había llegado su momento, dejó pasar el día entero, y el siguiente, hasta que no salió del trabajo, no contestó. Sabía lo que significaba, y se regodeó al pensarlo.

«Casi dos días para contestar. Muy bien, si lo quieres así...».

—Pero cariño, ¿no puedes dejar el móvil, ni siquiera hoy? —Protestó su madre.

—Ya lo dejo, contestó resignada.

—¿Qué te parece? —dijo su hermana Rocío dando vueltas sobre sí misma con el vestido que se pondría para su boda.

—Para el Juzgado, está bien, contestó Lucía. Algo que su madre, no entendía. «Los jóvenes de hoy en día» decía siempre que hablaban del tema.

Llegó a casa con el tiempo justo para cambiarse y llegar al hotel. Ese fin de semana lo pasarían juntas. Esteban estaría unos días fuera trabajando. Seguía molesta y cada vez que recordaba la imagen, no podía evitar sentirse furiosa.

Fue la primera en llegar. «Y encima se permite el lujo de hacerme esperar». Se metió en la ducha.

Malena aparcó la moto, y se quedó mirando la fachada del hotel. Le dio un brinco el estómago. Sabía lo que le esperaba dentro de esas paredes. Guardó el casco y se dirigió a la entrada.

Llamó a la puerta. Lucía abrió, se había puesto un albornoz. «Irresistible» pensó. Quiso besarla pero la rechazó. «Empezamos».

—Creí que te lo habías pensado mejor, dijo apoyándose en la pared.

—A mí también me ha tocado esperar y mucho, esta vez.

Lucía la miró con intensidad, la deseaba en ese momento, sin llegar siquiera a la cama. Malena pudo verlo claramente. El escote del albornoz, estaba abierto justo por dónde Lucía quería que estuviera. Como a Malena le gustaba, sintió su mirada ardiente.

La cogió por los hombros y la sujetó con fuerza. Lucía la miró con una mirada dura. Acercó sus labios, pero volvió a rechazarlos.

—Como quieras —le susurró.

La besó detrás de la oreja, la mandíbula, el cuello. Lucía se resistía, pero Malena la impedía moverse. Siguió recorriendo su piel que erizada respondía a las caricias de sus labios. De un tirón deshizo el nudo, metió sus manos y acarició su cintura. Lucía

no pudo evitar que su respiración se alterase.

—Déjame, no quiero.

Malena hizo caso omiso de sus palabras, se entretuvo en su pecho, jugando como sabía que le gustaba.

Beso a beso fue descendiendo lentamente, se agachó y... Lucía la cogió del pelo y la obligó a que la mirase.

—He dicho que no.

Se miraron unos segundos.

Malena se levantó de improviso y la miró fijamente.

—Creo que no está de acuerdo contigo —dijo con las manos entre sus piernas.

Estuvo a punto de sucumbir, pero la empujó, liberándose de ella. Malena sabía que la estaba provocando. Fue detrás, la cogió por un brazo y la tiró encima de la cama. Lucía la miró desafiante, intentó oponer resistencia, pero Malena separó sus piernas con brusquedad, mientras la sujetaba con fuerza. Sentía su cuerpo debajo de ella y se excitó más todavía, se miraron fijamente. Lucía intentó levantarse, pero le fue imposible. Malena le dejó claro que no iba a parar. Lucía estaba tan excitada como ella.

La avidez y el calor de su boca, la llevaron a un orgasmo imposible. Siguió en la misma postura y obligó a Malena a permanecer así unos segundos más, mientras intentaba reponerse. La sumisión de su amante, y sentir su respiración, alterada en sus muslos, volvió a excitarla de inmediato. La hizo levantarse, cogió su mano, acompañándola con la suya, y se penetró ella misma también, cerró los ojos, y volvió a gozar del placer que sólo Malena le proporcionaba.

Cuando se despertó, Lucía estaba sentada en el sillón con los pies en la mesa.

—¿Qué haces ahí?

Lucía no contestó.

—Ven aquí.

Giró la cabeza y la miró:

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —Hizo intención de levantarse.

—Sigue ahí.

—¿Qué te pasa?

—Nada, intentó imaginar qué interés puedes tener tú en un hombre.

—¿Qué? —Se levantó sentándose en la mesa. Lucía siguió en la misma postura.

—¿Pero a qué viene esto?

—Dímelo tú.

—No entiendo nada.

—¿Vas a negarme que os besasteis?

—¿Yo con un tío?

—En el restaurante griego, le disteis un regalo.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Os vi.

—¿Estabas allí?

—El otro día, aparte del museo, coincidimos también en los otros dos sitios siguientes. Tenías la agenda llena —dijo con reproche.

Malena se quedó sorprendida.

—Yo no te vi.

—Procuré que no lo hicieras.

—¿Y dónde está el problema?

—¿Dónde? No imaginé verte nunca.

—Ya entiendo. Eso está reservado solo para «vosotros» —dijo con toda la ironía que pudo.

—No lo sé, yo sólo sé, que no me gustó.

—¿Y si hubiera sido una mujer?

—Ni lo intentes.

Malena la miró incrédula.

—¿Estás celosa?

—Por supuesto que no —se levantó.

—Claro que lo estás.

—Me da igual, ¿sabes?

—Si fuera así, no te hubiera molestado hasta ese punto.

Lucía la miró.

—No se trata de celos. Tú eres para mí, entiéndelo de una vez.

—¿Una propiedad?

—A mi antojo.

Las dos sabían perfectamente lo que estaba pasando. Malena quiso picarla.

—¿Estoy en tus manos? ¿A tu disposición?

—Por entero.

Vio en su mirada algo que no había visto nunca. Lucía acarició su cara.

—Sólo mis labios pueden besar los tuyos —la besó—. Ni otras manos podrán acariciarte, más que las mías —recorrió con la punta de sus dedos el contorno de sus pechos—. Ninguna otra piel podrá estremecerse al contacto con la tuya —la tumbó

encima de la cama y se echó sobre ella—. Y por supuesto, el placer, vetado. Esa llave exclusivamente para mi uso.

Malena la miró.

—¿Por cierto, que hacías tú en un restaurante de «ambiente»? Me gustaría saberlo.

Lucía la besó, por toda respuesta.

No lograba concentrarse, no apartaba a Lucía de sus pensamientos. El que tardara tanto en llamarla, estuviera tan molesta con ella, y sobre todo, la forma en que la miró cuando se lo dijo, le dio que pensar. Hasta ahora, no habían hablado o siquiera comentado nada, se habían limitado a sus encuentros secretos y escondidos. Placer y nada más, pero según transcurría el tiempo, este, empezó a hacer mella en ellas. Lógico por otra parte, se había ido creando un vínculo entre las dos. Traspasando la débil línea que se habían autoimpuesto.

Antes hubiera sido impensable que le reprochara algo, pero ahora, sí lo había hecho. Eso no podía significar más que una cosa. ¿Por qué, no? ¿Acaso no deseaba estar con ella cada vez más tiempo? Los encuentros eran más frecuentes, aprovechaba cualquier hueco para llamarla y decirle que necesitaba verla. Por su parte, creía que sus sentimientos hacia ella habían permanecido callados.

Lucía estaba casada, tenía su vida, y ella no formaba parte de ella, tan sólo, era ella, Malena, y pensar en la posibilidad de algo más, era simplemente ridículo, hasta ahora.

No se había planteado si estaba enamorada, de alguna manera, se prohibió siquiera pensar en ello, aunque ahora, parecía que entraban en una nueva fase. ¿Hasta qué punto cambiarían las cosas? Sonó el teléfono de su despacho, esfumando sus pensamientos, descolgó de mala gana.

—¡No quiero saber nada! —Dijo su hermana entrando por la puerta, hecha una furia.

—¿Qué ha pasado?

—No hay boda, eso es lo que pasa.

—¿Pero qué dices?

Lucía no daba crédito.

—Pues eso, se acabó, es un cabezota.

—Siéntate y cuéntamelo.

—No se le ha ocurrido otra cosa que decirme que podíamos celebrar la boda en el campo de fútbol.

—¿Qué?

—Para que pueda ir su equipo y matar dos pájaros de un tiro.

—¿En serio? —Dijo divertida.

—Y lo dice totalmente convencido.

—Y habéis acabado discutiendo, claro.

—Por supuesto, no tiene la menor consideración, no quiero volver a saber nada.

Lucía reprimió la risa. Sergio era el entrenador del equipo local y un apasionado del fútbol.

—Solo son los nervios de antes, es casi un tópico.

—No lo sé, y me da igual, lo único que sé, es que se acabó.

—No seas niña, habla con él.

—No pienso verle más. Que se vaya con sus amigotes, si le hacen tan feliz. Y con esa ayudante que tiene, a lo mejor le comprende mejor que yo, seguro que ahora le estará consolando.

—No seas paranoica, Rocío, sabes lo enamorado que está.

—¿De quién?

—No tienes remedio.

Lucía pensó en Malena, con ella no hubiera tenido esos problemas, se rio para sus adentros.

—Vamos a tomar un café, te ayudará a relajarte.

—No necesito relajarme, lo que necesito de verdad, es que me olvide.

Lucía, no pudo por menos que reírse.

Malena esa tarde fue a casa de Nuria, le apetecía dar un paseo con ella.

—He quedado con mi socia en su casa, tengo que entregarle unos papeles para mañana. ¿Me acompañas?

—Vale, pero si no te entretienes mucho.

—Solo dárselos.

Bajaron de la moto, y se dirigieron a la puerta.

—Te espero aquí.

—Nada de eso, vienes conmigo.

Aceptó de mala gana.

—Es un matrimonio muy majo, ya verás cuando la conozcas a ella, está buenísima.

Malena sonrió.

—Lo tuyo es muy fuerte.

—Mira quién fue a hablar, la rompecorazones.

—Eso no es verdad.

—¿Preguntamos a más de una?

—Eso son rollos como los puedes tener tú o cualquiera.

—Ya, ya, —contestó llamando. En ese momento abrieron la puerta.

A Malena casi le da un ataque. Intentó controlarse y vio el esfuerzo que hacía ella también, pero no pudo evitar ponerse algo pálida.

—Hola Lucía —se dieron dos besos.

—Te presento a mi amiga, Malena.

Se saludaron cordialmente. Un escalofrío recorrió sus espaldas.

Lucía evitaba mirarla en todo momento, estaba seria y se le notaba algo nerviosa. Ella tenía las manos heladas.

Se sentaron un momento, tenía que explicarle un par de cosas. Lucía fingía prestar atención, pero sabía que estaba tan bloqueada como ella.

Malena, deseaba salir de allí, no sabía qué hacer. Se fijó en una foto en la que no había reparado antes. En ella aparecían Lucía y otra chica, supuso que sería su hermana, se parecían bastante. Evitando delatarse, miraba a Lucía hablar con Nuria. Ella también luchaba por ocultar sus emociones. La conocía bien, y sabía que estaba tan nerviosa como ella.

Separadas por Nuria, que ignoraba su historia, entre ellas. ¿Qué diría si se llegara a enterar? De seguro su amistad acabaría mal, muy mal. Evitó pensar en ello.

—Bueno, esto es todo, nos vamos —dijo Nuria, se levantó, despidiéndose de ella, pero Malena se retiró un poco apostada para no tener que volver a besarla.

Seguían sin mirarse de frente. Lucía adoptó una actitud de indiferencia.

Cuando se marcharon, cerró la puerta y se apoyó en ella, temblaba como un flan.

No era muy tarde, cuando llamaron a la puerta. Malena dejó el libro y abrió. Se sobresaltó no esperaba visita.

—¿Te preguntarás qué hago aquí?

Lucía la miraba fijamente. No le dio tiempo a responder siquiera. Buscó sus labios con urgencia.

—Tú tienes la culpa, vamos a la cama.

—¿Esto lo he provocado yo? —Dijo Malena mirando las sábanas en el suelo—. Te olvidaste de darme el beso de despedida —sonrió maliciosamente.

La volvió a besar con deseo puro, pero cortó de inmediato. Cogió su ropa, se vistió en el salón y ahí, se quedó ella otra vez, oyendo cerrar la puerta, como lo llevaba haciendo desde hacía más de un año.

No podía ser un domingo más tedioso. Comida con la familia. El día perdido. ¿Qué estaría haciendo Malena? Su fantasía empezó a despegar...

—Pero Lucía, hija, otra vez en Babia.

—Perdona mamá, ¿qué decías?

—Últimamente estás en otra parte, ¿no estarás?

—¡Mamá!, por favor, deja el tema.

—¡Ay!, hija, qué seca eres.

Lucía suspiró por enésima vez. Miró a su hermana y esta reprimía la risa. Le hizo una mueca de burla. Cogió a su sobrinito, «Lolo» y salió al jardín.

Su marido, Esteban, charlaba sentado tomando el aperitivo con su padre y su cuñado. «Qué bonita y formal foto», pensó volviendo a suspirar.

Se recreó imaginando la escena. Todos sentados a la mesa y ella confesándoles todo. La única razón por la que no lo había hecho ya, aparte de su cobardía, era por no ver sufrir a sus padres. No lo podría soportar. ¿Y si no quisieran saber más de ella? Sería algo impensable, pero tenía miedo, mucho miedo. ¿Pero y ella, le importarían sus sentimientos? ¿Hasta qué punto la apoyarían, con tal de verla feliz?

«¿Vas a castigarme a esperar, hasta que te dignes contestarme? Malena». Con solo leer el mensaje activaba todo su interior. «Solo un poquito» contestó pasada una hora. Lucía sonrió y lo borró. Apagó la luz y se acostó, Esteban hacía rato que dormía.

Después de cinco días sin noticias, ahí estaba plantada en su puerta.

—¿Te apetece dar un paseo?

Lucía, estaba tan guapa, que no podía resistirse, tenía que empezar a controlar eso.

—¿A qué viene esa sonrisita?

—Ya decía yo, que me sonaba tu cara.

—¿Vamos a empezar así?

—Vale, está bien. ¿Pero seguro que quieres pasear?

—Sí.

—¿No pasas un rato siquiera?

—No —dijo bajando dos peldaños de la escalera.

A Malena le hizo gracia.

—¿Ni siquiera un momento? Me gustaría...

—No —cortó, cruzó los brazos y la miró mientras esperaba.

—Como quieras. Vamos a pasear.

A medida que transcurría la tarde, la notaba más relajada que nunca, más alegre, no sabría decirlo. Malena estaba encantada. Lucía había resultado ser una persona alegre y animada. Aunque ella ya había conocido ese aspecto, pero ahora era diferente. Estaban fuera de lo que normalmente conocían. En plena calle, a la luz del día, y compartiendo mucho más que un simple paseo. La sentía ¿enamorada? No se atrevía siquiera a pensarlo. Habían pasado cinco días, en cierta manera, era lógico, ella

también tenía muchas ganas de verla.

Cogida a su brazo, Lucía no paraba de comentar esto y aquello. Se paraban delante de los escaparates, entraban en las tiendas y salían con alguna cosa.

Miró el escaparate de la lencería.

—Vamos a entrar, quiero comprarme un conjunto nuevo.

Miró varios modelos, pero no parecía decidirse por ninguno.

—Lucía, elige alguno.

—Yo no tengo que hacerlo, eso es cosa tuya.

Malena la miró. Lucía sonreía.

—Por mí, mejor sin ninguno. Pero me gusta este.

—¿No te parece... mínimo? —Le dijo mostrándole la parte de abajo.

—¿Es cosa mía, no? Este también, me gusta.

—Lo que tú quieras —le dijo con ternura.

Malena se quedó un poco descolocada. «¿Qué pasaba?». No es que fuera la primera vez, pero últimamente, lo hacía con más frecuencia.

—Pues me llevo los dos.

—¡Qué bien!

Lucía se rio, fue a pagar.

—Espera, me corresponde a mí. Son el envoltorio para el regalo que me espera después —le dijo bajito al oído.

Lucía se la volvió a comer con la mirada.

—¿Tienes que irte ya?

—No, puedo quedarme lo que quiera.

—Me gustaría que tomáramos algo tranquilamente.

—A mí también, me apetece.

La tarde resultó de lo más reveladora, pensaba Lucía. Las dos estaban más relajadas, no pararon de bromear, y reírse ajenas a todo lo que no fueran ellas.

Malena la llevó a una tabernita, que no había estado nunca.

—Que sitio más acogedor.

—Sabía que te iba a gustar, por eso he querido venir aquí.

Lucía la volvió a mirar con cariño.

—Es la primera vez que hacemos algo así, y la verdad, es que haces que se pase el tiempo volando.

—Yo también lo he pasado muy bien.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Entonces por qué tengo la impresión de que te pasa algo?

—¿A mí? No me pasa absolutamente nada.

—Quiero acercarme a ti, pero no me dejas.

—¿A qué te refieres?

—¿Estás cansada de lo nuestro?

Malena ya alucinó.

—Por supuesto que no.

—No sé, intento una complicidad, pero pones una barrera.

—Lucía, no lo hago.

—Yo lo siento así.

—Es que.

—¿Ves? Sabía que algo te pasaba.

—Lo único que me pasa, es que estoy un poco descolocada, sólo eso.

—¿Descolocada, por qué?

—Es la primera vez que hacemos esto. No estoy acostumbrada, supongo, no conocía esta faceta tuya. Me siento un poco rara, estar aquí contigo, sentada tranquilamente.

A Lucía le sentó mal la contestación.

—Entiendo, no estoy desnuda y en una cama, ¿no?

—Lucía, por favor.

—Es eso, ¡qué tonta!, y ¡qué ilusa! Deseaba que nuestra relación, se basara en otra cosa, que no fuera solamente sexo, pero ya veo, que no te intereso de otra manera.

—Escucha, no es así.

—Para ir de compras ya tienes a tus amigas, ¿no?

Malena no entendía porque se había alterado tanto.

—¿No puedes evitar sentirte incómoda conmigo, verdad?

—Pues sí, soltó a bocajarro.

Lucía puso un gesto de sorpresa, y acusó el golpe.

—Incómoda porque estoy deseando besarte. Incómoda porque deseo ir contigo de la mano, sin importar que nos vean. Pero en cambio tenemos que fingir, ser dos amigas pasando una tarde de compras. El otro día cuando coincidimos en tu casa, realmente no sabía qué hacer. Estaba tan preocupada porque Nuria no notara nada, que realmente no sé qué hice siquiera. Lo único que sentía eran las ganas de estrecharte contra mí. Y te juro, que me costó un esfuerzo sobrehumano no hacerlo.

No se esperaba semejante respuesta. ¿Y crees que a mí, no? Por eso fui esa noche a tu casa. Te necesitaba.

«Sí, ya ¿Pero de qué manera?». Pensó Malena mirándola con tristeza.

—No puedo evitar que las cosas sean como son.

—Lo sé, y lo entiendo —dijo con resignación.

Se hizo el silencio.

—Lucía, vamos a dejar todo eso, fuera de aquí. Quiero disfrutar este momento. —

Tienes razón, perdona.

—No importa.

—Sí que importa. Lo siento, pero es que te notaba distante, y eso es algo que no soporto.

Malena la miró con una sonrisa. Lucía acarició su mano.

Malena se reía de ella aposta, cuando al morder su patata, la salsa, se le caía por los lados.

—Eres mala.

—Espera desastre; le limpió la barbilla con la servilleta. Ese gesto, tuvo el mismo efecto para las dos, se miraron como si se vieran por primera vez.

—Es la mejor tarde en mucho tiempo —dijo Lucía.

—Para mí también.

Decidieron dar un paseo, comiendo un helado.

—¿Quieres un poco del mío? —Le ofreció Lucía.

—No, gracias.

—Solo un poquito —le dijo mientras le ponía un poco en la nariz.

—Muy graciosa, ahora verás.

—¡Ni se te ocurra! —Salió corriendo, con tan mala fortuna que su helado acabó en el suelo.

—¡Vaya! ¿Ya no te parece tan gracioso, verdad? —Dame el tuyo.

—¡Tendrás cara!

—¿Lo compartimos? —dijo poniendo un gesto de niña pequeña.

—Ni hablar.

—Anda, por favor —puso su mano en su brazo.

Malena sin darse cuenta le paso el brazo por detrás y la besó en la mejilla. Lucía se movió incómoda.

—Perdona, ha sido un acto reflejo, no volverá a pasar.

—No importa, en serio —sonreía.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Lucía le contó lo de su hermana y la «genial» idea de su novio. Malena se rio sorprendida.

—¿Y sabes qué pensé yo?

—¿Qué?

—Que si tú y yo planeáramos nuestra boda, no tendríamos esos problemas.

—¿Y cómo estás tan segura?

—¿De ese tipo?

—Mi ilusión es pasar mi luna de miel en una cabañita en Finlandia.

Lucía se sorprendió.

—¿En serio?

Afirmó con la cabeza. Lucía siguió escuchando con atención.

—Las dos solas en la cabaña de madera, unas copas de champán frente a la chimenea. Nuestra ceremonia privada, sólo ella y yo. Y cuando llegase la hora, saldríamos al exterior, y con una gruesa manta que por supuesto, compartiríamos, observaríamos, la «Aurora Boreal», creo que es impresionante, entonces nos miraríamos, dándonos el beso más dulce que se pueda dar.

Lucía la miraba incrédula.

—Solo es una ilusión.

—A lo mejor se cumple.

—No lo creo, ¿qué chica querría pasar frío en su noche de bodas?

—A mí, no me importaría.

Malena la miró totalmente sorprendida.

—Bueno no va a pasar, y menos contigo.

Lucía se quedó de piedra, no esperaba semejante respuesta. Sin saber qué contestarle, decidió marcharse.

—Me tengo que ir ya.

—Lucía, espera. Quiero decir que entre nosotras, eso es impensable. Pero no por eso, voy a dejar de hacerme ilusiones.

—La cuestión es, sí yo formo parte de esas ilusiones.

Se dio la vuelta, y se marchó.

Malena no daba crédito.

—¿Pero qué demonios está pasando?

Todo se esfumó, casi diez días, sin saber nada. «¿Pero es que esperabas otra cosa?». «Sólo eres parte de su juego». «Y ella decía ser la ilusa». No creía que estuviera tan enfadada como para llegar a eso. ¿Formar parte de sus ilusiones? ¿A qué venía eso? Ella seguro que no le estaría dando tantas vueltas, cuando le apeteciera, pues, otro mensaje y solucionado. Ella no era más que un muñeco que cogía cuando le apetecía ponerse a jugar.

—No entiendo porqué te niegas.

—Pero Nuria, ya te lo he dicho, no puedo.

—Solo será un momento, y no sabes el favor que le harías. Está desesperado, el pobre. Puede perder todo un mes de trabajo, por el maldito ordenador. Me lo comentó Lucía y le dije que hablaría contigo, tú eres de las mejores.

—Sí, claro, ahora quieres camelarme.

—No lo hago, por eso tienes el puesto que tienes. Eres una informática de las buenas, y eso nos viene muy bien a todos —se rio.

—¿Cómo un médico, no?

—Tú lo has dicho, siempre se le puede consultar y que eche un vistazo —volvió a reírse.

Malena sabía que no tenía más remedio que aceptar.

—Está bien, pero si lo veo complicado, me largo.

—Gracias, sabía que irías —la besó en la mejilla.

—Ya, claro.

«¿Pero cómo se había dejado liar de esa manera?». Tenía que saber decir que no, y mucho más cuando se trataba de algo así. Ellas se conocían y no sería la primera ni la última vez.

Ahí estaba frente a su puerta de nuevo. Y ahora, era todavía peor, estaría su marido. No podía con eso, tenía que haberse negado y punto. Verla con él, superaba todas sus limitaciones.

Nuria llamó, Malena preparó mente y cuerpo, cogió aire, y esperó a que la puerta se abriera. Lucía hizo acto de aparición. Saludó, y esta vez, parecía que lo hiciera más despacio, aposta.

«No has entrado siquiera. Para, tu mente». La siguieron hasta el despacho. Malena la miraba caminar. Estaba tan guapa, se había puesto el vestido ligero de tirantes que tanto le gustaba. «Eso no es una insinuación, es toda una declaración de guerra». Sabe el efecto que ese vestido tiene sobre mí.

«Qué suerte tiene su marido». «Y yo, a veces» una sonrisa se dibujó en su rostro. Lucía la miró, y entonces, se dio cuenta de que ya estaban en el despacho.

Sus ojos parecían adivinar sus pensamientos, se aclaró la voz.

—Bueno, aquí lo tienes, todo tuyo, le ofreció la silla.

—Gracias, vamos a ver...

Se sentó y notaba su presencia detrás de ella. Si hubieran estado solas. Hizo un esfuerzo por concentrarse.

—¿Tomamos algo mientras? —propuso Lucía.

A Malena un escalofrío le recorrió la espalda. Estaba casi pegada a ella. Cerró los ojos y tragó saliva. «Aposta, totalmente aposta, no hay ninguna duda».

—Vale —contestó por ella Nuria.

—Vamos a la cocina.

Malena respiró aliviada. ¿Pero y su marido? Con un poco de suerte, a lo mejor no estaba. Fijó su vista en la pantalla y se puso a la tarea.

—Mi marido no está —dijo de pronto Lucía, asomándose por la puerta—. Cualquier cosa, me tienes a mí.

Malena sintió como le fulminaban sus palabras. A Lucía, el deseo se le escapaba por los ojos. Se miraron durante unos minutos interminables. A punto de perder la cabeza, y arrojarle una en brazos de la otra.

—Aquí tienes —dijo Nuria cargada con dos vasos.

—Gracias —atinó a contestar Malena. Se bebió medio vaso de un trago.

Lucía sonrió disimulando beber del suyo.

—¿Tiene arreglo?

—Sí, he actualizado el antivirus y ahora lo está chequeando, hay que esperar un poco.

—Perfecto —contestó Lucía, volviéndola a mirar.

¿La estaba desafiando? Se insinuaba en cada movimiento, en cada mirada. ¡Claro! Estaba jugando a su juego preferido, y ahora tenía su juguete, en su propia casa, estaba en su terreno y eso le hacía sentirse más fuerte. Pero ese juego no le gustaba nada, hasta el punto de hacerla enfadar. Primero y lo más importante, porque se sentía una miserable al mentirle de esa manera a Nuria, y segundo porque estaba harta de que la moldeara a su antojo. Solo tenía una cosa clara, quería salir de allí, a toda costa.

—Esto ya está, no creo que tenga más problemas —mintió.

—Nos acabamos esto, y nos vamos —dijo Nuria.

—Yo tengo algo de prisa, quédate tú, yo tengo que irme ya.

Lucía sabía perfectamente que no era así. Hablarían en cuanto tuvieran ocasión.

Pero la ocasión no llegó, Malena hizo todo lo posible porque así fuera. No contestó ni a uno de sus mensajes, ni llamadas.

—¿A qué es genial?

—Y tanto —contestó ilusionada Malena, mirando los folletos que Nuria le mostraba.

—Cuatro días haciendo «rafting», senderismo y toda clase de actividades, ¡qué pasada!

—El miércoles por la tarde quedamos y rumbo a la aventura.

—Estoy deseando ir.

—¿Vamos a ir todas?

—Sí, iremos cinco.

—¿Qué cinco?

—Se lo he dicho también a Lucía, ¿te acuerdas de ella?

A Malena casi le da un ataque.

—Sí, el otro día fuimos a su casa.

—Su marido se marcha esa semana entera de viaje de negocios, ella se quedaba sola, y me pareció correcto decírselo. Estuve con ella ayer, en un principio no quería, pero luego conseguí convencerla.

«¿Y ahora qué?».

—Si no le importa ir con, ya sabes —se rio.

—Pues claro que no, ella está por encima de esas tonterías.

«Yo no estaría tan segura» pensó.

—Bueno, hablamos para concretar con las demás.

—Perfecto.

Malena se quedó pensando. Lucía había accedido a ir con ellas, ¿pero porqué? No lo entendía muy bien. Estarían todo el día juntas y disimulando todo el tiempo, ¿a qué venía todo esto? Se le escapaban las razones y eso le asustaba.

Lucía no dejaba de pensar en el momento en que se encontraran. ¿Qué haría Malena? Daba por hecho que Nuria se lo había dicho ya. ¿Qué habría pensado? Seguro que se habría sorprendido. No llegaría a entender el motivo por el cual se había apuntado, tampoco se lo imaginaría. Se lo había tomado como algo personal, una especie de prueba. Una dura lección de autocontrol, el hecho de no poder relacionarse como quisiera con ella. Guardar las distancias y disimular en todo momento, un duro ejercicio sin duda alguna. La verdad era que deseaba estar con gente que «entendía», solo conocía a Malena. Tenía curiosidad por saber cómo reaccionaría ella misma. ¿Se sentiría identificada? ¿Incómoda? ¿Encontraría por fin una respuesta? ¿Cómo se comportaría Malena con ella? ¿Sería ella la que estuviera incómoda? ¿Le hablaría como a las demás, o no podría evitar mantener una distancia autoimpuesta? Lo que estaba claro, es que le daría una explicación de porqué no había contestado a sus llamadas y mensajes.

Por fin llegó el día. Las dos estuvieron pensando lo mismo. ¿Qué haría la otra?

Malena esperaba algún mensaje, pero ni siquiera. Seguía sin noticias. «Como quieras». Sacó la bolsa y empezó a meter la ropa.

DOS

Lucía ya tenía todo preparado cuando oyó el claxon. Se aseguró de cerrar bien la puerta y salió.

Los nervios podían con ella. Vería a Malena, aunque sabía que no iría con ellas en el coche.

Ella y otra chica, Patricia, creía recordar, llegarían por la tarde. No habían podido salir antes del trabajo.

—¿Preparada? —Le preguntó Nuria metiendo la bolsa en el maletero.

—Creo que sí —dijo pensando en Malena, más que en otra cosa.

Nuria le presentó a las demás, cuando se metió en el coche.

—Ella es Mar y ella es Belén. Ella es Lucía mi socia.

El viaje resultó de lo más animado. Las amigas de Nuria, resultaron ser unas chicas divertidas y simpáticas. Lo que hizo que todo resultara más agradable, lo difícil vendría después, la razón por la que ella se encontraba ahora allí. El único motivo, Malena.

—No gracias —dijo rechazando los dulces.

—Lucía no temas engordar, te aseguro que estos días, vas a quemarlo todo.

—Solo de pensarlo, ya me entran agujetas —se echaron a reír.

Pararon el coche frente a la cabaña. Bajaron y entraron.

Un salón con chimenea.

—Aquí debe nevar bastante —comentó una de ellas.

Miraron la parte de abajo, pasando por las distintas habitaciones. Había un dormitorio en esa planta. Subieron al piso de arriba.

—Cuando vengan Malena y Patricia, nos distribuimos para dormir.

A Lucía le puso nerviosa oírle decir eso. Aunque tenía claro que ella dormiría con Nuria, desde luego.

Sacaron el equipaje y todo lo que habían comprado para esos días. Prepararon la comida y se fueron a dar un paseo después por los alrededores.

No dejaba de mirar su reloj, no tardarían en llegar. Habían llamado para decir que en media hora estarían allí. El pulso se le aceleraba por momentos.

Mientras las esperaban se entretuvieron con juegos de mesa.

Oyeron la moto. A Lucía se le aceleró el corazón, conocía muy bien ese sonido.

—Ya han llegado.

Lucía permaneció sentada, le temblaban las piernas. No sabía muy bien qué hacer.

—¡Hola chicas! —Dijo al entrar, Patricia, la chica que había venido con Malena.

—Ella es Lucía —le presentó Nuria—. Bueno a Malena, ya la conoces.

Se saludaron como si nada, aunque sus ojos les pudieran traicionar.

—Bueno, primer paso dado —suspiró Lucía.

Malena estaba algo más seria de lo habitual, y ella se esforzaba, en que no se le notara su inquietud.

Se sentaron alrededor de la mesa en los dos amplios sofás y en los dos sillones.

—Creo que lo primero es decidir lo de las habitaciones, para quitar las bolsas de en medio —sugirió Belén.

Lucía miró de soslayo a Malena, esta se movió incómoda.

—Yo dormiré con Lucía —dijo Nuria—. Es lo más lógico.

Las dos suspiraron aliviadas.

—Yo con Malena dijo Patricia. ¿Te parece bien? —Le preguntó.

—Claro, pero me gustaría arriba.

—Bien, entonces Mar y Belén. Bueno pues, todo arreglado.

Salieron a dar otro pequeño paseo antes de cenar. Malena mantuvo un trato correcto, pero con la distancia que esperaba que tuviera con ella. Por su parte se comportó de la misma manera. Apenas cruzaron unas cuantas palabras. Se mantenían alejadas prudentemente.

Una vez en la casa y después de cenar, se dedicaron a mirar las actividades del día siguiente. Malena esperó a que todas se sentaran en la mesa, para sentarse apartada de ella. «Ya sabías a lo que te arriesgabas», pensó Lucía para sí.

—¿Qué os parece si mañana para empezar hacemos algo de senderismo? —Propuso Patricia.

—Perfecto, así podemos conocer el lugar. Este itinerario es bastante cómodo, no hay muchas pendientes.

—Bien, pues yo me voy a la cama —dijo Belén.

—Yo también —siguió Malena, mirando disimuladamente a Lucía.

Esta sintió una punzada. No sabía bien de qué, pero dolió, y mucho, al ver como Malena y Patricia subían las escaleras y no era ella, la que le acompañaba. No hubieran dormido mucho, de eso estaba segura.

Tumbada en la cama Lucía, no conseguía pegar ojo. Miraba el techo. Se imaginaba con Malena abrazada a ella, resignada se dio la vuelta intentando parar su mente.

Madrugaron y después de un breve desayuno, se pusieron en marcha. A Lucía todavía le duraba el efecto que le había producido el roce de su mano al pasarle la mermelada.

Al mediodía, se habían alejado bastante. Hicieron una parada para admirar el

caudaloso río, se sentaron en un claro del bosque. Durante todo el camino, no lo hicieron juntas. Malena lo evitó a toda costa, estuvo amable, pero hasta ahí. Ella lo intentó un par de veces, sin éxito.

A la vuelta Malena iba la última, Nuria se puso a su lado.

—¿Qué te pasa con Lucía? ¿No te cae muy bien?

Malena la miró sorprendida.

—Claro que sí, ¿por qué me iba a caer mal?

—No lo sé, pero parece que no te hace mucha gracia, tienes una actitud distinta con ella.

—No la conozco mucho, es solo eso.

—Pues tiene fácil arreglo, intenta hablar más con ella.

De repente, Nuria la llamó, Lucía se dio la vuelta.

—¡Lucía, ven!

Malena quiso que se le tragara la tierra en ese momento. «¿Pero a qué venía eso?».

—Malena me preguntaba si lo estás pasando bien.

Lucía la miró, y vio el apuro por el que estaba pasando.

—Me alegro de haber venido —dijo mirándola directamente.

Disimuladamente Nuria se adelantó y se puso a hablar con las demás.

Anduvieron un trecho sin decir palabra, Malena miraba el suelo. Lucía a ella.

—Creo que no podemos ignorarnos de esta manera, se están empezando a dar cuenta.

—Será más difícil entonces.

—¿Te refieres al hecho de hablarme o siquiera estar a mi lado? ¿Tanto esfuerzo te supone el tratarme como a las demás?

Malena suspiró.

—No, si lo fueras, pero no lo eres.

—Eso me da esperanzas.

—¿Quieres tenerlas?

—¿Por qué si no, estoy aquí? No has contestado mis llamadas, ignorándome por completo. Si prefieres que me vaya, solo tienes que decírmelo.

Mar y Patricia, se pusieron a su lado y empezaron a charlar. Disimulando otra vez, hicieron un esfuerzo por meterse en la conversación.

Llegaron a la cabaña bastante cansadas, la marcha había sido larga.

—¿Qué buscas? —Preguntó Nuria al ver cómo Lucía sacaba toda su ropa del armario.

—Estaba segura de haber metido una toalla.

—Mira en el armario de arriba, en el pasillo, en el de aquí, creo que no hay ninguna.

—Voy a ver.

Subió, abrió el armario, pero no encontró ninguna, justo cuando se dio la vuelta, salía de ducharse Malena, en ese momento, envuelta en una toalla y con el pelo revuelto y mojado. Lucía se quedó parada mirándola sin darse cuenta de la manera en que lo hacía, Malena tampoco era consciente de cómo la miraba.

—Buscaba una toalla —dijo con voz temblorosa.

—¿Has encontrado alguna? —Dijo Nuria subiendo las escaleras y haciéndolas volver a la realidad.

—No —dijo aclarándose la garganta.

—De todas maneras, el baño de abajo está ocupado.

—Puedes hacerlo aquí, este está libre —dijo Malena.

—Gracias.

Nuria la miró y le sonrió con satisfacción. Lucía se metió en el baño.

—Eso es, así. Estoy segura de que haréis buenas «migas» solo tenéis que conoceros un poquito más.

«¿Más todavía?» pensó riéndose para sus adentros.

—¿Se puede saber por qué me lo dices a mí?

—Ella ha intentado acercarse y tú, ni caso. Con las demás no le pasa eso.

Malena vio el gesto que puso Nuria.

—¿Qué?

—¿Acaso te gusta? ¿Es eso?

—¿Pero te has vuelto loca? Está casada.

—Nosotras sabemos perfectamente que eso no es ningún impedimento.

—No me gusta, no es mi tipo para nada.

—Ya veremos.

—¿Cómo que ya veremos?

Nuria empezó a bajar la escalera, se volvió con una sonrisa pícara.

—Voy a dejarle mi toalla —dijo Nuria.

—No hace falta yo he traído dos.

—Muy bien —volvió a sonreírle.

Llamó tímidamente. Lucía abrió, asomó la cabeza, estaba desnuda, se tapaba con la puerta. Malena lo sabía perfectamente, tragó saliva.

—Toma, puedes utilizar esta, yo tengo otra.

—Gracias —dijo. Se incorporó y totalmente aposta, se puso frente a ella sin puerta

de por medio. Malena intentó que sus ojos no se movieran, rápidamente se dio la vuelta entrando en su habitación. Lucía sonrió maliciosamente, sabía que había conseguido su objetivo.

Inocentemente Nuria estaba convencida de que Malena y Lucía se llevarían bien, además, y la otra socia, desde no hacía mucho, pero aparte de llevarse bien en el negocio, personalmente, habían congeniado, desde el primer momento. Y a partir de entonces, sería inevitable quedar en alguna ocasión, y no quería quedar con las dos aparte, mejor conocerse de antes. Y haría todo lo que estuviera en sus manos para que fuera así. No sabía exactamente la razón, pero lo sentía así.

Tuvo el detalle de sentarse frente a ella, a la hora de cenar. «Algo es algo», pensó Lucía.

—Mañana toca «rafting», ¿quién se apunta?

—Yo ni loca —dijo Patricia—. Me da miedo.

—A mí también —dijo Lucía. Malena la miró—. Me parece peligroso —respondió mirándola.

Las demás no tuvieron ninguna duda en apuntarse. Pensó en Malena, y se inquietó. ¿Y si le pasaba algo?

—Voy un rato fuera —dijo levantándose.

Malena espero un tiempo prudente y también salió. Nuria sonrió con satisfacción. Las demás intercambiaron una mirada suspicaz.

Lucía estaba sentada en las escaleras de la entrada. Malena lo hizo a su lado.

—¿Prefieres estar sola?

—Prefiero estar contigo.

Se miraron. Malena tenía ese gesto de inocencia, que tanto le gustaba.

—Todavía no me creo, que ahora mismo estés aquí conmigo.

—Lucía, me gusta que hayas venido.

—¿En serio?

—Sabes que sí.

—No aguantaba más sin verte, y si tengo que seguirte al fin del mundo, lo haré.

Lucía vio en sus ojos el efecto de sus palabras.

—No es justo.

—¿El qué?

—Ni siquiera puedo besarte.

Lucía se rio.

—¿Por qué te ríes?

—Podemos ir detrás de esos arbustos como si fuéramos colegialas.

—No creo que fuera necesario, esas cotillas de ahí dentro, estarán haciendo mil y una conjeturas —se rio.

—¿Y si le damos motivos?

Lucía se acercó, de improviso, sus labios separados tan solo por unos milímetros. Malena se quedó inmóvil, no se lo esperaba. Lucía los rozó casi imperceptiblemente, la miró a los ojos por unos segundos, se levantó y entró. Malena se quedó aturdida. Había sido brutal. ¿Y ahora quién era la guapa que dormía? ¿Es que no se iba a cansar de provocarla? Cuando se recobró un poco, entró. Echó un rápido vistazo y no vio a Lucía.

—Solo quedamos nosotras —dijo Patricia—, las demás se ha ido a dormir.

Miró la puerta de su habitación y suspiró.

—¿Una cerveza? —Le ofreció Mar.

Al día siguiente temprano fueron al centro de actividades, donde alquilarían la balsa para descender el río. Lucía aprovechó un momento en que Malena se separó del resto, sentándose para ajustarse el traje.

—Por favor, ten cuidado.

Malena la miró sorprendida.

—Prométeme que lo tendrás.

—Por supuesto, no tengo la menor intención de ahogarme.

—No lo digas ni en broma. Estoy muy asustada.

Malena se apiadó, sabía la angustia que sentía.

—No te preocupes.

Se fundieron en una mirada.

—¡Tenemos que irnos! Malena se levantó, y fue a la orilla del río dónde esperaban las demás.

Esperaron a que se subieran a la balsa para esperarlas unos kilómetros más abajo. Mar y Nuria detrás, y Malena y el instructor delante. Lucía se puso más nerviosa todavía, ahí seguro que era más peligroso. Le hubiera gustado desahogarse con Patricia, pero tuvo que tragarse el miedo.

—Subamos a ese puente, las veremos bajar —dijo Patricia.

Lucía miraba como se metían en la balsa y empezaban a alejarse de la orilla, empezaron a remar y se metieron en los primeros torbellinos de agua. La balsa se levantó para bajar con todo su peso en el agua, envolviendo a Malena y al guía por completo.

El corazón empezó a latir por su cuenta.

—Me alegro de no estar ahí —comentó Patricia.

—Yo también —dijo justo cuando la balsa pasaba debajo de ellas.

«Y Malena no debería estar tampoco». Subieron al coche.

Cuando llegaron al lugar dónde finalizaba el recorrido, Lucía le propuso dar un paseo por la zona, no hubiera podido estar sentada. «No tiene porqué pasar nada».

Cuando regresara hablaría con ella, no tenía muy claro cómo hacerlo, pero ya se las apañaría. No aguantaba más, no poder tocarla, siquiera.

—Deben estar a punto de llegar —dijo Patricia mirando su reloj.

—Sí, vamos.

La balsa llegó a su destino, pero con dos pasajeras menos. Se alarmaron.

—¿Y Malena y Patricia? —Preguntaron las demás.

—Un accidente inoportuno.

—¿Les ha pasado algo? —Lucía no pudo controlar sus nervios.

—Nada grave, Patricia se ha hecho daño en un tobillo y Malena la ha acompañado a que la vean. Hemos parado en un recodo y les ha recogido un coche de emergencias.

Lucía suspiró aliviada. Casi se desmaya.

Cuando llegaron a la cabaña estaban todas esperando impacientes. A Malena no le había pasado nada, pero Lucía estaba inquieta y descolocada. Era la primera vez que tenía esa sensación. No sabía muy bien qué era, lo único cierto era que deseaba que llegaran ya, y que Malena estuviera allí con ella. Eso era, era necesidad. La necesidad de tenerla, su cuerpo y su mente la reclamaba quejándose al sentir su falta.

Las vieron bajarse del coche. Patricia se apoyaba en el hombro de Malena y cojeando llegaron a la puerta. Nuria y Mar salieron a ayudarlas.

«Si le hubiera pasado algo», pensaba Lucía con angustia al verlas acercarse.

—Te dije que era peligroso —le recriminó Mar.

—Ha sido una tontería, un esguince, nada más —se sentó y apoyó las muletas a su lado.

Malena miró a Lucía y esta parecía contestarle con la mirada.

—Lo mejor será que duermas aquí abajo. Te resultará más cómodo —dijo Nuria.

Malena y Lucía la miraron a la vez.

—La verdad es que no creo que pueda subir y bajar las escaleras —dijo mirando a Malena.

—Por mí, no hay problema.

—¿Te importa dormir con ella? —Preguntó de pronto Nuria a Lucía.

Esta, por un momento, se quedó sin saber qué contestar.

—Si a Malena no le importa.

Malena tenía la misma expresión.

—No, claro, sin problema.

—Lo digo, porque si necesita cualquier cosa, por la noche, no me importa estar pendiente.

—Por mí vale, aunque yo puedo hacerlo también —contestó Malena, aparentando normalidad, aunque por dentro estuviera de todo menos tranquila. Pero hablaría con Nuria ¿qué demonios pretendía?

—Bien, entonces voy a bajar tus cosas —le dijo a Patricia.

—Mientras subiré las mías —dijo mirando tímidamente a Malena.

Después de cenar, se quedaron charlando tranquilamente, e inevitablemente la charla tomó unos derroteros más personales.

—Pues sí, yo por ejemplo, prefiero que mis parejas no fumen —comentaba Mar.

—¿Y eso porqué? —Preguntó Lucía.

Todas se echaron a reír.

—Dice que no soporta que «después» fumen en la cama, que le quita el buen sabor —comentó Patricia.

Volvieron a reírse. Siguieron con la conversación, repleta de anécdotas, y le tocó el turno a Malena, que hasta ahora, no había abierto la boca.

—Pero nuestra campeona es Malena —dijo Mar.

—Otra vez, con eso no, por favor. Además no tiene ningún interés.

—Cuenta, por favor —dijo Lucía mirándola fijamente. Vio el gesto de fastidio que puso. Estaba muy interesada en lo que pudieran contarle.

No habían hablado mucho, entre ellas, de sus relaciones anteriores y Malena mucho menos.

—Fue en una boda.

—Creo que mejor me voy —protestó Malena levantándose.

—De eso nada —Nuria le sujetó por el brazo obligándola a sentarse de nuevo.

—Como decía, fuimos a una boda de unos amigos comunes: Pablo y Carmen. La novia tenía una hermana, me parece que se llamaba Cristina. La familia de la novia invitó a un amigo de toda la vida, y compañero de carrera de Cristina, y también a sus padres. El chico estaba perdidamente enamorado y ella, pues tonteaba con él.

—Ya vale, todas sabemos lo que pasó esa noche —volvió a protestar Malena.

—Pero yo no —contestó Lucía.

—Eso es cierto, deja que se lo cuente, se va a reír.

«Pues yo creo que no le va hacer ninguna gracia» y resignada dejó que continuara.

—Malena coincidió en la mesa con la tal Cristina y su «enamorado», y lo típico, entablaron conversación y así pasaron animadamente, toda la noche.

—¿Y el chico? —Lucía estaba intrigada.

—Las miraba impotente.

—¿Puedes resumir, por favor? —Volvió a protestar.

—Total que pese a los esfuerzos que durante toda la noche, hicieron todos para que acabaran los dos juntos por fin, cosa que ya daban por hecha.

—Tenías que haberlo visto, fue algo impresionante —quiso participar también Nuria—. Por más que querían, más se alejaba ella. Y cuando mirabas, ya estaba al lado de Malena, sin dejar de insinuarse.

—¿Y tú qué hacías? —Le preguntó Lucía directamente.

—Pues nada, ¿qué voy a hacer?

—¡Qué cara tienes! —Contestaron todas a la vez.

—¿Qué?

—¿Cómo que nada? ¿Acaso no se te declaró?

—Pues sí, ¿y?

—Que la seguiste muy bien el rollo —contestó Belén con toda la ironía que pudo.

—¿Y qué podía hacer?

—Claro, no ibas a desaprovechar la oportunidad, ¿verdad? —Lucía no se cortó.

—Para empezar, yo no tenía ningún interés y segundo, ella me besó a mí. Y para vuestra información, fue ella la que.

—¿Qué? —Preguntó Lucía.

—Imagínatelo —contestando Belén por ella.

Malena se arrepintió, tenía que haber cortado la conversación, pero ya no había remedio.

—Parece que se le dan bien las heteros —siguió Nuria, mirándola descaradamente.

«Sí, tenía que tener una charla con Nuria, desde luego».

—Y las casadas, ni te cuento —apostilló Mar.

—¡Bueno, ya está bien! ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

Malena no pudo evitar mirar a Lucía, esta tenía una expresión, no sabría definirla muy bien.

—¿Toda una ligona? —Dijo mirando a sus amigas.

—Desde luego.

—Por favor, basta. ¿No podéis meteros con otra?

—No nos metemos, solo contamos tus batallitas.

—Pues por hoy es suficiente, me voy a dormir.

—Yo también —dijo Patricia—, me dan pinchazos.

—Espera voy contigo —le ayudó Nuria.

—Por cierto ¿quién se apunta mañana a hacer ala delta? —preguntó Mar.

—Yo —contestó rápidamente Belén.

—Y yo —dijo entusiasmada Malena.

—Bien, entonces a descansar.

Si Malena ya estaba nerviosa de por sí, ahora más todavía. Y encima solo había una cama. Se dio una ducha rápida y cuando entró en la habitación, Lucía ya estaba acostada. Se miraron, y las dos tuvieron los mismos pensamientos.

Lucía leía un libro, o por lo menos, lo fingía, estaba tan nerviosa como ella. Malena se metió en la cama, pero asegurándose de poner la distancia que pudo, Lucía se percató del gesto, fue a cerrar el libro.

—Puedes seguir leyendo, no me molesta la luz.

—Lo sé —contestó con una mirada significativa.

Volvieron a mirarse. Malena miró para otro lado. Lucía no iba a dejar escapar la oportunidad.

—¿Cómo acabó la historia?

Malena suspiró resignada. Sabía que lo mejor era contárselo de una vez.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. ¿Cómo acaban una mujer casada y una lesbiana?

La estaba picando, pero hizo como si nada.

—Para tu información, la «supuesta» hetero, se llevó a la cama a la lesbiana, ¿sabes?

—Me escandalizas —contestó con ironía—. ¿Cuánto duró?

—¿El qué?

—Lo vuestro.

—Lo que tardó en amanecer. Suele pasar —le dijo mirándola. Lucía bajó la mirada.

Malena no había dejado de mirarse la mano, mientras hablaban.

—¿Qué te pasa?

—Creo que me he clavado algo, y me duele del roce de la cuerda donde nos sujetábamos.

—A ver, déjame ver.

La proximidad tuvo el mismo efecto para las dos. Evitaban mirarse sabían perfectamente lo que podía pasar.

—Espera, voy a por unas pinzas.

Al poco, volvió con ellas.

—Quieta, así no puedo.

Malena volvió a mover la mano. Lucía la miró, vio como sonreía.

—Es que me duele. Casi prefiero la astilla.

—Eres una blandengue, déjame ya casi está.

Lucía no quiso seguirle el juego, tendría que esperar.

—Ya está fuera —le dio un pequeño masaje y le aplicó algo de crema.

Sentir el contacto de sus manos, hizo que Malena la deseara al instante. Como adivinando sus pensamientos, Lucía levantó la vista y clavó su mirada en ella.

—Puedes seguir —le dijo en un susurro.

«Resiste». Lucía se incorporó y se apoyó en la almohada.

—¿Sabes que estoy nerviosa?

—¿Por qué? Lucía sonrió.

—Voy a pasar la noche con una «rompecorazones».

—Lucía, por favor.

—¿Y si intentas algo?

—Ya vale.

Lucía se puso seria y la miró.

—¿Y ahora qué?

—Me he tenido que enterar por tus amigas. Nunca me has hablado de tus cosas, te siento como una extraña. En cambio tú, lo sabes todo sobre mí.

—No hay nada que tengas que saber, y yo tampoco te he ocultado nada nunca.

—Eso no lo puedo saber.

—Nunca —la miró fijamente, ella esta vez.

—Todavía estoy esperando una respuesta.

—¿Qué respuesta?

—Saber si yo puedo formar parte de tus ilusiones.

—Lucía, las dos sabemos perfectamente, que nosotras no podemos permitirnos siquiera pensarlo.

—¿Por qué, no?

—¿Tú qué crees?

—Nada es imposible.

—Pues lo nuestro, ya lo ves.

Lucía la miró, se dio la vuelta, apagó la lamparilla de la mesilla, y se tumbó dándole la espalda. Malena acarició su pelo.

Había ido hasta allí, por verla, y eso significaba que era algo más que su amante.

Lucía lentamente se dio la vuelta y se quedó mirándola.

—Me gusta que estés aquí —se sinceró Malena.

—¿Lo dices de verdad?

—¿Por qué nos hacemos esto?

Lucía le contestó sin necesidad de palabras.

Malena se despertó y miró el reloj.

—Deberíamos levantarnos, podrían sospechar.

—Ni loca —dijo Lucía acurrucándose contra ella.

—Tenías que haberme dejado dormir —bromeó—. No voy a estar al cien por cien para hacer ala delta.

Lucía levantó la cabeza.

—No quiero que vayas, me da miedo.

Malena sonrió y le acarició la mejilla.

—No va a pasar nada, tranquila.

—¡Prométeme que no lo harás, prométemelo!

Malena se inquietó, no la había visto nunca así.

—Lucía tranquilízate.

—No, hasta que me digas que no lo harás.

Se sentó cruzando las piernas. Malena sabía que no tenía otra opción, y además vio el temor en sus ojos.

—De acuerdo —su gesto cambió radicalmente—. ¿Mejor así?

Lucía se abrazó a ella, aferrándose dulcemente. Malena la sintió en cada poro de su piel, estaba completamente descolocada.

Bajaron, Malena vio una mirada suspicaz en Nuria, que estaba sentada con las demás desayunando. Se estaba empezando a hartar, de esa mañana no pasaba.

—He cambiado de idea, no me apetece volar hoy —bromeó.

—Entonces las demás podemos alquilar unas bicis, ¿qué os parece chicas?

—Por mí, estupendo —contestó Lucía y bebió de su taza, al tiempo que miraba disimuladamente a Malena.

Nuria se quedó fregando, Malena vio que ese era el momento.

—¿Se puede saber qué te propones?

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Por qué lo dices?

—Te las arreglas muy bien para que Lucía y yo siempre acabemos juntas.

—Estás desvariando, ¿no será que quieres que pase?

Malena se empezó a desesperar.

—¿Pero, por qué tienes tanto empeño? ¿Se te ha olvidado que está casada? Y lo

más importante que no entiende. Mételo en tu dura cabezota, y yo tampoco quiero nada.

Se secó las manos, sonrió y salió: «Será posible».

Llegaron de su excursión.

—Hemos terminado con algunas reservas, habría que ir a comprar —dijo Patricia.

—Me ofrezco voluntaria —dijo Malena.

—¿Puedo ir contigo? —Dijo Lucía.

—Sí, claro.

—¿Puedo conducir yo? —Dijo con una sonrisa, Malena le dio las llaves. ¿Pero, por qué estaba tan alegre?

—Nuria no sabe nada, ¿no?

—Por mí, no —contestó Malena—. Aunque si se enterase, se llevaría una gran alegría.

—¿Y eso porqué? —La miró sorprendida.

—Está convencida de que tú y yo tenemos que acabar juntas.

—¿Me tomas el pelo? —Dijo riendo.

—No hace más que achucharme para que intente algo —volvió a reírse.

—Al principio incluso creyó, que me caías mal.

—No la culpo —la miró con reproche. Malena la besó en la mejilla—. Me lo has puesto muy difícil, ¿sabes?

—De eso se trataba.

—Te has equivocado; las tiendas están más adelante —dijo Malena, al ver que giraban un poco antes de llegar al pueblo.

—No me he equivocado —le dijo aparcando el coche frente al motel.

Malena la miró.

—Me preguntaba el motivo de tu espontánea alegría. Bien, ¿y ahora qué?

—¿Tú, qué crees?

Bajaron del coche. Entraron en la recepción y cogieron habitación.

—La 15, esta es.

Pasaron dentro, Lucía se sentó en la cama. Malena se quedó de pie junto a la puerta.

—No lo entiendo, si dormimos juntas.

—Pero, no es lo mismo —se levantó yendo hacia ella.

—¿Cuál es la diferencia?

—¿Tú, qué crees?

Empezó a besarla, mientras se desnudaba.

—Quiero tenerte, sin estar pendiente de nadie más, que de ti.

La desnudó a ella también, y se tumbaron en la cama.

Esos cuatro días, y el estar fuera de lo que para ellas, era su rutina, encuentros escondidos y con prisa.

Fugaces instantes de intimidad. Cuando por la noche, cerraban la puerta de su habitación, aislándose del resto, y viviendo su complicidad, su relación oculta, entregándose en secreto, convirtieron esas cuatro paredes, en su oasis particular. Todo eso les hizo ver, que podían cambiar todo, aunque Malena no quería pararse a pensarlo, lo más prudente sería esperar. Había sido muy bonito, pero por si acaso, prudencia.

TRES

«Lo más triste, es que algo en mi interior, me avisaba» reflexionaba Malena. Toda la semana sin noticias. «Tienes que aprender de una vez». Y se dio por enterada, cuando pasó otra semana más, ignorada y olvidada.

—Hemos tocado fondo —se dijo—. Ahora me toca a mí.

Se enfadaba consigo misma al no poder desprenderse de las imágenes de las dos, desnudas sentadas junto a la ventana, amparadas por la oscuridad, observando las miles de estrellas. Era como si todavía pudiera sentir su cálido abrazo. Se volvió a reprender sola. «Ya, vale, ya vale».

«*Des-Cocás*» esa noche estaba a tope. Malena pegada a la barra esperaba pacientemente a poder pedir.

No se lo pensó cuando la llamaron para salir. Tenía ganas de desinhibirse de todo, y esa noche, sería una noche loca. ¿Por qué, no? No tenía que rendir cuentas a nadie.

Miró dónde estaban sus amigas. Se empezaba a desesperar.

—¿No hay manera, no? —Miró a su lado.

Una chica la sonreía amablemente. La conocía de haberla visto en alguna ocasión.

—Creo que me voy a subir a la barra, a ver si me hacen caso.

La chica se rio.

—Te he visto más veces.

—Sí, a mí también me suena tu cara.

La verdad era que Malena se había fijado en ella, no estaba nada mal. La camarera se acercó, por fin.

—Si quieres pedimos juntas.

—Gracias.

—¿Pedimos dos copas cada una? A lo mejor no tenemos tanta suerte la próxima vez.

La chica se rio.

—Prefiero ir poco a poco —la miró con todo el descaro del mundo.

Malena bebió de su copa.

—Me llamo Carol.

—Malena.

Ninguna hizo nada por irse con su gente. Se quedaron en un rincón.

—Nunca lo he visto así —comentó Malena mirando el atestado local.

—Es un agobio.

Alguien pasó por su lado, empujándola contra Carol.

—Perdona.

—Alguna ventaja tenía que tener, ¿no?

Malena la sonrió.

—¿Qué te parece si nos tomamos esto, fuera?

—Genial.

Se sentaron en un banco de la placita.

—Estaba deseando salir de allí.

—Yo también. Aquí se está mucho mejor —dijo otra vez insinuándose.

—Nuestras amigas se preguntaran dónde nos hemos metido.

—Se lo imaginarán, nos han visto juntas.

Se miraron.

—Entonces, por nosotras —atacó Malena ofreciendo su vaso para brindar.

—Por nosotras.

Dieron un trago. Se volvieron a mirar por unos segundos, y sin decir palabra, se besaron.

Malena dejó la mente en blanco. Hacía tiempo que no hacía eso, y esa chica, besaba de maravilla.

—Por fin lo he conseguido —le dijo mirándola a los ojos.

—¿Me estás diciendo que te habías fijado en mí?

—Desde la primera vez que te vi.

Malena se echó hacia delante.

—Me tomas el pelo.

Carol la miró y no hizo falta que la contestara.

—¿Y por qué has esperado hasta ahora?

—Bueno, no me atrevía, y dejaste de venir.

«Ella hace su vida, y yo. ¡Maldita sea!».

—¿Qué piensas?

—Todo el tiempo que he perdido —la besó, tomando la iniciativa ella.

Ninguna tenía ganas de entrar.

—¿De verdad tocas el violonchelo?

—Sí, estoy en el Conservatorio. Después de acabar la carrera de solfeo, me especialicé en ese instrumento, y ahora, doy clases, mientras espero a que me concedan la beca que he solicitado para formar parte de la orquesta filarmónica de Montreal.

—¡Vaya! Toda una artista.

—Tanto como eso.

Malena se sentía cómoda, era una chica agradable.

—Me tengo que ir, es tarde.

—Yo también me marchó, iré a buscar a mis amigas —contestó Malena—. ¿Te volveré a ver?

—Cuando quieras.

—¿El próximo viernes?

—Perfecto.

—¿Un beso para el camino? —Le pidió Malena.

—Los que quieras.

Sus amigas bromearon con ella.

—Apareció —dijo Nuria al verla.

Malena sonrió.

—¿Otro nombre a tachar?

—Eres una exagerada.

—¿Pero cómo lo haces?

—No hago nada.

—Eso es lo que me desquicia, no haces nada, y siempre acabas con alguna.

Malena se rio.

—Por lo menos, dejarás de darme el latazo con tu socia.

—¿Quién sabe?

—Anda, vámonos.

De camino a casa, se sentía genial. Carol, era una chica simpática. Y lo más importante, no estaba casada, y tenía muy claro sus gustos. Eso facilitaba mucho las cosas. Desde luego que sí. Era libre como ella. ¿Libre como ella?

Pensó en Lucía, no se había olvidado un minuto de ella; pero también tenía derecho a vivir su vida, igual que lo hacía ella. Seguía sin noticias suyas. Daba por hecho que había estado pensando, y había tomado una decisión. Y ella no iba a esperar un minuto más, había sido más que paciente, iba a dejar de ser su juguete.

Lucía parecía tenerlo cada vez más claro, pero estaba hecha un verdadero lío. ¿Esta es la clásica lucha? ¿Quiero, pero no quiero querer? Malena ocupó sus pensamientos todos y cada uno de los días. No dejaba de recrear los momentos vividos esos cuatro días con ella y sus amigas en el campo.

Sus sentimientos por Esteban habían cambiado mucho antes de conocer a Malena, pero evitó siquiera pensar en ello, siguiendo como si nada. Influyó y mucho, la presión de la familia. ¿Qué podía decirles? Soy lesbiana y me he enamorado de mi amante.

La convivencia y la relación de pareja estaban cada vez más deterioradas. Habían

planeado pasar unos días fuera, pero se dio cuenta de que no podía ser. Los continuos viajes de Esteban y su historia con Malena, habían ido distanciándoles. Apenas existía la vida conyugal. Los días siguientes, ya de vuelta, se obligó a no llamarla, hasta que tuviera las ideas claras. Era muy importante para ella, y prefería, dejar las dudas de una vez.

Se moría por estar con ella. Empezaba a querer algo distinto a una simple relación carnal, y necesitaba más. Mucho más.

El punto de inflexión, se precipitó cuando Malena fantaseó con su boda, y no le importó que supiera que no era ella precisamente, la que ocupaba esos sueños. ¿Y cómo iba a serlo? Se suponía que tenía su matrimonio y su vida. ¿Qué vida? ¿Qué matrimonio?

Malena deseaba volver a verla. Apartó a Lucía de sus pensamientos. Se alegró cuando la llamó.

—Hola, ¿te acuerdas de mí?

—¿Esa música es la de un violonchelo?

Oyó cómo se reía.

—Esa misma. No voy a poder quedar el viernes, ¿te viene mal el jueves?

—No, me da igual un día que otro.

—Entonces, nos vemos el jueves.

Seguía sin saber nada de Lucía. Por una parte mejor. Aunque la echaba de menos. «Olvídala de una vez, ella lo ha hecho contigo».

Se saludaron con un beso.

—¿Y esas películas? —Dijo Malena al ver el paquete.

—Me gusta mucho el cine y estas son antiguas.

—A mí también, tengo un montón.

—Pero mis preferidas son las de terror.

Malena puso un gesto de lo más significativo.

—¿Te gustan?

—¿Qué si me gustan? Soy adicta.

—¿Qué te parece si nos sentamos en esa terraza y las vemos?

—Estas son una joya. ¿Y qué me dices de las de los ochenta?

—Las he visto todas, pero me falta una, se la dejé a unos amigos, y en una mudanza, se perdió.

—¿Cuál era? Espera, déjame adivinar.

Carol sonrió, Malena, se rascaba la cabeza pensativa.

—Pues no sé, así no me viene nada. Dame tus manos.

Empezó a acariciarlas. Se miraron con una sonrisa.

—Parece que ya empiezo a ver algo.

—Yo también —contestó con una mirada preciosa.

Acercaron sus labios y se besaron.

—Estaba deseando hacerlo.

—Me parece que estás disimulando, estoy esperando —dijo divertida.

—Vale —la volvió a mirar.

—Vamos a ver —frunció el entrecejo—. *¿Viernes 13?*

Carol quiso disimular, pero no pudo.

—Pues no.

—¡Claro que sí! Me lo ha dicho el gesto de tu cara. Eres una mentirosa, ¿lo sabías?

—No lo soy —se rio.

—He acertado.

—Vale, es esa.

Malena tenía una sonrisa de triunfo.

—Me debes algo.

—¿Cómo qué?

—No lo sé, lo decides tú.

Carol, la miró, solo deseaba una cosa, desde que la vio esa tarde.

—¿Una cena en mi casa, esta noche?

Malena la miró sorprendida. «No pierde el tiempo».

—Perfecto.

—Después podemos ver alguna de estas —dijo.

—También perfecto.

—Tienes que concretar más, ¿qué parte?

—Eso es muy fácil. La primera, por supuesto.

—Pues ahí te equivocas.

—¿No puedes dejar de mentir?

Carol se reía con ganas.

—No te vas a librar de la cena.

Carol le dijo más tranquila:

—No creo necesitar una excusa para cenar contigo.

—Ninguna en absoluto.

Volvieron a besarse.

—Bueno este es mi apartamento —dijo Carol haciéndose a un lado de la puerta.

—Es precioso.

—No me gustan las paredes.

—Se nota.

Todo era diáfano, salvo el baño.

—Me encantan los áticos, ¡cuánta luz! —Dijo mirando hacia arriba, las vigas de madera.

El sol se colaba por la enorme cristalera abovedada, reflejándose en las blancas paredes.

—¿También te gustan las flores, no?

—Un poco —se rio.

Salieron a la terraza decorada con multitud de flores y plantas.

—Alegran mucho, ¿no te parece?

—Sí, aquí está reflejada tu personalidad.

Carol sonrió. Pasaron dentro.

—Un violonchelo, qué raro.

—Me gusta tenerlo en ese rincón, me hace compañía. Y de vez en cuando me pongo a tocar.

—Me alegro de no ser tu vecina.

Carol la abrazó por detrás.

—Te odio —le dio un pequeño mordisco en el cuello.

Malena se dio la vuelta.

—¿Tocarás para mí?

—Por supuesto.

—Una noche de luna llena.

—Tocaré para ti, con su única compañía.

—Me has puesto nerviosa.

Carol sonrió.

—De eso se trata.

Malena miraba la estantería repleta de películas.

—No me lo puedo creer —dijo cogiendo una.

—¿El qué?

—Tienes la de «*El Otro*». A mí costó un triunfo encontrarla.

—Es una de mis favoritas. Y por lo que veo, también la tuya.

—No soporto las de sangre y cuerpos desmembrados. Aunque hay alguna de zombis, que no están mal.

—¿Por ejemplo, esta?

—¿En qué me dijiste que trabajabas?

—¿Por qué dices eso?

—Creo que te dedicas a leer el pensamiento o algo así. Esta es la mejor.

—Por lo que parece tenemos algo en común —dijo poniendo sus brazos en sus hombros.

—Eso es empezar bien.

—Muy bien —la atrajo hacía sí.

—¿No íbamos a cenar? —Dijo Malena cuando se empezó a recuperar.

—Esa era la intención —contestó Carol también con dificultad.

Se abrazaron.

—No puedo creer que esté aquí contigo.

—Yo tampoco.

—Para mí es diferente. Eras mi «amor» platónico. Siempre tan lejana e inaccesible.

—¿Inaccesible? El otro día, no lo fui.

—Porque ya llevaba unas copas, y me dije «Carol, es tu oportunidad».

—Pues me alegro de que esa noche bebieras.

—En cambio para ti, era invisible. Me mirabas, pero no me veías.

Malena quiso decirle que también se había fijado en ella, pero Lucía se interponía. Por lo menos, hasta ahora.

Se despidieron tiernamente en la puerta.

—Nos vemos la semana que viene.

—Seguro, que pasa todo lo lento que pueda.

A Carol, le hizo gracia.

—¿Veremos otra película?

—Por supuesto.

—Pero que tenga el mismo final, por favor —le dijo desde las escaleras. Se rio. Le tiró un beso y cerró la puerta.

Estaba contenta, parecía que Malena, no sólo iba por la cama, como le había pasado hasta ahora, aunque se lo habían pasado genial había que reconocerlo. Era una chica entretenida, hablaba de todo, y ahora, que sabían que compartían su afición por el cine, sería todavía mejor. No quería hacerse ilusiones, pero. Cruzó los dedos al pensarlo.

Tenía una sensación extraña, o simplemente olvidada. Se sentía genial. Carol le gustaba mucho. Parecían congeniar bien. Y en la cama. Pensó en Lucía, no podía comparar, cada una era cada una. Las dos le habían hecho ver las estrellas, esperaba

que ella también.

Estaba a punto de llegar a su casa cuando sonó el móvil. Un mensaje de Lucía. «Necesito verte, mañana te voy a buscar por la tarde, quiero aislarme contigo el fin de semana». Dudó en contestar. Se enfadó con ella misma, la verdad era que quería verla. Pero aún así dejó que pasara un tiempo prudencial. «Dejo a una, y aparece la otra».

CUATRO

—Hola —dijo simplemente al sentarse en el coche. Lucía la miró extrañada—. ¿Qué ocurre?

—No nos vemos en casi tres semanas y con un simple «Hola», ¿ya está? —La miró sin comprender.

—Con un «Te he echado de menos», ¿es suficiente?

—Yo estoy esperando oírtelo decir a ti.

—Lo sabes perfectamente.

—¿Después de todo este tiempo? Se da por hecho, ¿no? —dijo con toda la ironía que fue capaz.

—Aunque no lo creas, no he dejado de pensar en ti, ni un minuto.

—Ojalá fuera verdad.

—Lo es.

—Ojalá fuera verdad —repitió.

Lucía la miró como nunca. Arrancó y se pusieron en camino.

—¿Dónde vamos?

—Es una sorpresa, he estado planeándolo, todos estos días.

Malena no dijo nada, pero le resultó un poco extraño. Había hecho una escapada con su marido, según le había contado, y se había pasado el día, pensando dónde ir con ella. Curioso.

Aparcaron frente a la cabaña de madera y apagó el contacto. No se veía ninguna otra cabaña alrededor.

—Me he asegurado de que esté lo suficientemente lejos de las otras.

—Es bonita —comentó.

Apagó las luces y se quedaron a oscuras por completo. Lucía la miró y se acercó a ella. Sin más la empezó a besar con deseo puro.

—Espera a entrar, por lo menos —dijo como pudo.

—No, te quiero ahora.

Le hizo pasar a la parte de atrás, y sin mediar palabra la desnudó. Malena le quitó la ropa a carreras. Sentir como la deseaba, le hizo perder la cabeza, a ella también. Lucía no era más que deseo.

La sentía por todo su cuerpo, hicieron el amor, a lo loco, y sin dejar un centímetro de piel libre.

Se abrazó a ella, buscando el refugio de sus brazos.

—Esta vez, casi acabas conmigo —le susurró.

Apenas podían verse, todo era oscuridad. Malena se estremeció al oírla decir eso, y la manera en que buscaba el calor de su contacto, acurrucándose de la manera más tierna. El tono en que lo dijo le traspasó el corazón. La estrechó dulcemente entre sus brazos, la besó con ternura. Sintió como fuego su caricia. Nunca habían llegado a eso. Las dos lo sabían, pero se limitaron a guardar silencio. Sus miradas bastaron.

Al día siguiente, lo dedicaron a pasear tranquilamente. Lucía cogió su mano. Malena la miró.

—Me da igual, es lo que quiero. Cuando estuvimos con tus amigas, no dejaba de imaginarme, las dos solas, en medio de la nada.

No contestó, pero estaba algo. Como decirlo, algo no, bastante sorprendida. Se la habían cambiado, ¿o qué?

—¿Tienes la misma extraña sensación que yo? —Le preguntó Malena.

—Sí, dijo por toda respuesta.

Se miraron. Lucía la cogió por la cintura y la besó con ternura. Malena se derretía. ¿Qué estaba pasando? Estaba mucho más cariñosa de lo que ya era de por sí.

—¿Sabes? Me gusta cocinar juntas, aunque me regañes todo el rato —dijo Malena.

—No te regaño, sólo te digo cómo hacerlo, tonta.

—¿Sabes que estás de lo más atractiva con ese delantal? —Se acercó a ella.

—Quieta.

—Ni lo pienses.

Se pegó a ella por detrás.

—Puedes seguir con lo que estás haciendo. Yo no te voy a interrumpir —besaba su cuello al tiempo que desabrochaba el pantalón.

—Malena, por favor.

—Malena, ¿qué?

Sus manos subieron lentamente y acariciaron sus pechos henchidos y duros de deseo, se pegó más todavía a ella. Metió su mano por la goma de las braguitas, y siguió un poco más. Instintivamente Lucía le dejó el camino libre. Le temblaban las piernas, y cuando sus dedos llegaron dónde querían, se agarró con fuerza, dejando que el placer recorriera su cuerpo.

Encendió su móvil. Empezó a pitar. Una llamada y un mensaje de Carol. «Me gustan los finales felices». En cuanto llegara a casa, la llamaría. Tendría que controlar el tema del teléfono. Tenía tantas ganas de ver a Carol como de estar allí con Lucía. No se permitió pensar. Volvió a apagar el móvil, y salió de la habitación.

Esa mañana decidieron comer en un pinar a orillas del pequeño lago. La complicidad iba en aumento. La actitud de Lucía había cambiado por completo. No

sabría describirlo, pero parecía más relajada. Sí, eso era, y escondía algo que ella no sabía, de ahí su actitud.

—¿Por qué me miras así? —Preguntó Lucía, estaba sentada apoyada en el tronco de un árbol.

—No te miro.

—Sí, desde que llegamos, lo haces.

—¿El qué?

—Mirarme pensativa.

—Es que, estoy muy a gusto contigo. Y le doy vueltas a la cabeza.

—Pues no se las des. Estamos bien y vamos a estarlo siempre.

—¿Siempre?

—Siempre.

Malena miró sus bonitos ojos marrones, y su pelo castaño claro que movía el aire, el sol iluminaba su preciosa cara. Lucía le sonrió, no lo pudo evitar y se sentó entre sus piernas y se acurrucó. Apoyó la cabeza en su hombro, Lucía le acarició el pelo, besándolo.

—Estoy en una nube —le dijo—, y no quiero bajarme nunca. Tú, eres esa nube, mi nube, amorosa y acogedora, que me aísla de todo lo que no seas tú —volvió besarla en la frente.

Malena volvió a sentir como la aguijoneaban sus palabras, la miró y pudo ver todo el amor que Lucía sentía por ella, la atrajo hacia sí, perdiéndose en un beso.

—¿Me dirías qué es lo que está pasando? Lucía la miró descolocada.

—¿Qué está pasando?

—¿A qué se debe tanta complicidad, tanto cariño? —Lucía se levantó.

—¿No lo sabes? ¿Tan extraño te parece?

—Sí —dijo tímidamente. Sabía que se estaba metiendo en terreno pantanoso.

—¡Es verdad! Únicamente nos tratamos en la cama.

—Lucía, no es así.

—Claro que lo es, si no, no te resultaría tan extraño. A partir de ahora, voy a limitarme a eso.

—¿Por qué me tratas así?

—¿Y cómo me tratas tú? ¿Te parece extraño que te de cariño o quiera algo más que simple sexo?

Malena la miró sin saber qué contestarle, estaba desorientada.

—Muy bien —dijo Lucía interpretando mal su silencio—. Nos limitaremos a la cama, como hasta ahora.

—No, me gusta, sigue así, por favor.

—La verdad es que no sabríamos qué hacer.

—¿No? ¿Por qué no nos damos una oportunidad? No podemos condenarnos solo a eso.

—No sabríamos cómo actuar.

—Quiero más de ti. Lo necesito.

Lucía la miró sorprendida. Le había gustado oírle decir eso. No se lo esperaba.

—¿Qué necesitas de mí?

—A ti, por completo.

En el camino de vuelta fueron continuos gestos de ternura.

La dejó en la puerta de su casa. Sacaron su bolsa del maletero.

Se miraron, las dos sabían que algo había empezado a cambiar entre ellas. Lucía se dio la vuelta, se metió en el coche y se alejó. Se quedó mirando. La verdad era, que sentía por ella, algo muy fuerte y aunque tardara en llamarla, siempre buscaba el hueco para ir corriendo a su lado. Le había demostrado que ella también sentía lo mismo, aunque nunca hubieran dicho «Te quiero».

Lucía miraba por el retrovisor. Malena se había quedado de pie, esperando a que se alejara. Había cambiado su forma de estar juntas, y no lo había hecho tan sólo para demostrarle que todo empezaba a ser diferente, sino porque ella misma, se sentía bien, mejor dicho, fenomenal, había tomado una decisión, pero no quería precipitarse. «Una vez tomada, mejor con calma».

—¿Es tarde? No podía esperar más para hablar contigo.

—¿Has visto mis mensajes y llamadas?

—Me he dejado el móvil y te he llamado en cuanto he vuelto. He estado fuera estos dos días.

—¿Y todo bien?

—Muy bien, pero me gustaría verte.

—No he dejado de pensar en ti, ¿sabes?

—¿Otra vez mintiendo?

Carol se rio.

—En serio, tenemos pendiente una sesión de terror.

—Vaya, yo pensaba en otro tema muy distinto.

Volvió a reírse.

—¿Mañana?

—Muy bien.

Estaba de pie esperándola, junto a la estatua del parque, la vio y la recibió con una

sonrisa y un beso. «Tendré que acostumbrarme a estos recibimientos». La cogió de la mano, era muy cariñosa. Y Malena estaba encantada con eso. Pensó por un momento en Lucía, ella parecía que empezaba a ser así, al menos no sólo en la intimidad.

Fueron paseando tranquilamente, las dos querían estar a solas. Subieron al apartamento de Carol.

Nada más cerrar la puerta, Malena la cogió en brazos y la llevó a la cama.

—¿Esto no es la escena final de una película? —Comentó divertida.

—¿Has visto que detallista soy?

Carol empezó a desabrocharla la blusa.

Malena miró su reloj.

—Quédate si quieres.

—Mañana tengo que madrugar, hay bastante lío en el trabajo. Pero me voy de mala gana. ¿Lo sabes, verdad?

—Supongo.

—¿Cómo que supones?

Carol la besó y se dio la vuelta.

—¿Qué manera es esta de despedirte?

—Tienes que madrugar, ¿no? —Dijo con una sonrisa maliciosa.

—Pero antes nos despediremos como es debido, maleducada.

Lucía desapareció como era normal, así que llamó a Carol, quería verla, y no tenía que esperar a que le diera permiso.

Otra vez, Carol la recibió con un cariñoso gesto. Le gustaba muchísimo que lo hiciera.

Quedaron en un café cerca del Conservatorio. Como no podía ser de otra manera, la decoración se basaba en la música. Fotos de directores de orquesta, de algunas escenas de óperas, y cuadros con pinturas de diversos instrumentos. La música, por supuesto, clásica.

Carol observó a Malena cómo miraba todo.

—¿Qué te parece?

—Muy apropiado.

A Carol le hizo gracia. Malena se quedó mirándola. Era preciosa. Su pelo ensortijado y pelirrojo, sus ojos verdes y su piel blanca. Llevaba una blusa que realzaba todo el conjunto.

—¿Qué me miras? —Preguntó Carol.

—¿Estás todavía más guapa que la última vez?

Carol sonrió. Malena dejó el paquete en el asiento. Se les pasó la tarde volando.

Carol no dejó de saludar. Muchos de los empleados y músicos acudían a ese sitio. Les presentó a alguno de sus compañeros. Se sentía tan a gusto con ella.

—¿Nos vamos? Mañana tengo un día bastante cargadito.

—Te dejas esto —dijo Lucía.

—¡Ah, sí!

Salieron a la calle.

—No me hubiera gustado nada perderlo. Sobre todo porque es para ti.

—¿Para mí?

—Sí.

—¿Qué es?

—Por la forma, yo creo que una bici.

—Muy graciosa —le dio un pequeño beso en los labios.

Carol lo abrió. La miró con toda ilusión.

—La edición de coleccionista —dijo mirando la película.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? —Le dio un abrazo que hizo que Malena sintiera un escalofrío. Era un cielo de chica.

Quedaban cada vez, más asiduamente. Querían verse, se lo pasaban muy bien juntas, Carol conoció a sus amigos y Malena a los suyos. Malena estaba contenta, Nuria y Carol habían congeniado bastante bien.

Ese fin de semana tampoco quedó con Lucía, lo pasaron tranquilamente en casa de Carol.

—¿Tomamos un café?

—Tú lo preparas y yo recojo la mesa.

—Perfecto —la besó y entró en la cocina.

Carol dejó la bandeja encima de la mesa. Malena sentada en el sofá, preparaba el vídeo.

—¿Te apetece?

—Sí, claro. ¿De qué se trata esta vez?

—Pues de un tema que te entusiasma, pero contado de una forma muy distinta. A mí, me parece mucho más entretenido.

Pulsó el botón y empezó. Carol no podía dejar de reírse al ver los dibujos animados. La música clásica sonaba mientras Tom vestido como un director de orquesta, perseguía a Jerry que se había escondido en un enorme piano.

—Tienes razón, así es más divertido.

—Es una buena manera para que no te parezca tan aburrida, ¿no te parece? Estos

dibujos me encantan, y qué mejor que verlos contigo. Mi genio particular.

Carol la besó, Malena se acurrucó contra ella apoyándose en su hombro y continuaron disfrutando de la película.

El vacío de Lucía, lo ocupaba Carol. Malena lo tenía muy claro, porque Lucía se había vuelto a encargar de decírselo sin palabras. Cuando estaban juntas todo parecía que fuera a cambiar, pero en cuanto volvía a su vida cotidiana, ella quedaba relegada.

En cambio Carol, la tenía reservado el sitio en el que siempre había querido estar, junto a su pareja, simplemente.

No volvió a preocuparse de estar pendiente del móvil. Ahora ella tenía también alguien a su lado, aparte de Lucía. ¿Verse de vez en cuando, como hasta ahora? Por ella perfecto.

—¿Pero qué dices? ¿En serio?

—Sí —dijo Carol con una sonrisa ilusionada.

—¿De verdad quieres que vaya contigo?

—Pues claro, tonta.

—No creo encajar, la verdad.

Carol la abrazó.

—Escúchame, todos van acompañados de sus parejas ¿por qué, yo no voy a ir con la mía?

—Intentaré organizarlo en el trabajo —dijo pensativa.

Malena se sentía, rara no, rarísima. No estaba acostumbrada a eso, Carol la estaba pidiendo que fuera con ella. Había visto a sus compañeros un par de veces, nada más. Lo más importante y sobre todo, significativo, era que Carol quería que estuviera a su lado. No había tenido la menor duda en pedirle que le acompañara al viaje a Viena, que había organizado el Conservatorio.

—¿No tendrás problemas por ir conmigo?

Carol se rio.

—No te preocupes por eso, todos saben de ti, es como si ya te conocieran.

—¿Les has hablado de mí?

—Por supuesto.

—Ahora, me va a dar más corte todavía.

Carol volvió a reírse. La besó con todas sus ganas.

Para su tranquilidad, los compañeros de Carol, eran gente sencilla. La habían aceptado como una más, y se sintió cómoda desde el primer momento.

Ojeaba una revista sentada en el avión.

—¿Te aburres? —dijo Carol sentándose a su lado.

—No, estoy bien.

—¿Sabes? Estoy nerviosa, nunca he estado en Viena —Malena sonrió.

—¿La capital de la música, no?

—Sí, dijo emocionada.

—Yo tampoco la conozco.

—Vamos a conocer la casa de Strauss, y la ópera, y...

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio?

Carol la miró sin comprender, luego se dio cuenta.

—Muy graciosa —hizo una mueca de burla. Se miraron.

—Lo mejor de todo, ¿sabes qué es?

—¿Oír música a todas horas?

—No. Compartir todo esto contigo —le dijo en un susurro Carol.

A Malena se le puso la carne de gallina.

—Me alegro de haber venido. Y que formes parte de mi vida.

Una vez acomodados en el hotel, cenaron en un restaurante cercano, y subieron para descansar y madrugar al día siguiente.

—¡Qué vistas! —Dijo Carol mirando por la ventana.

—Se ve toda la ciudad —dijo cogiéndola por la cintura.

—Tu querida Viena.

Carol se dio la vuelta.

—Mi amada Malena —la llevó a la cama con un beso.

Malena se despertó, estaba nerviosa, desde que empezaron el viaje, sentía una sensación que no había sentido nunca.

Era como si Carol y ella se conocieran de siempre. No sabía si algún día llegarían a convivir, y todo sería tan bonito como ahora. No quiso darle vueltas a la cabeza. Ahí estaba ahora, en Viena, a miles de kilómetros de Lucía. Pensó en ella. ¿Le habría llamado? Dejó el móvil en casa. Quería disfrutar de todo sin más. Una parte de ella, tenía que reconocer que la extrañaba. Pero ahora estaba con alguien que le había demostrado todo lo que le importaba.

Carol dormía, era preciosa. Su rostro siempre reflejaba una calma y una paz interior que transmitía a quién estuviera a su lado. Tenía la habilidad de hacer que cualquier problema fuera mínimo y no tuviera importancia. Era optimista y pocas veces se la veía seria. Le encantaba su carácter. Y ver cómo se ilusionaba por todo cuanto veía, en esa acogedora ciudad, le hacía plantearse sus sentimientos. Estaba completamente enamorada. ¿Quién no lo estaría? No pudo más y la despertó con un cariñoso beso.

Se perdieron por las calles de Viena. Pasearon tranquilamente. En la mayoría de las calles y plazas había algún músico callejero tocando una pieza de música clásica.

—Espero que no te aburras demasiado —comentó uno de los compañeros de Carol.

—Me gusta, de verdad. Al final voy a saber hasta quién es el compositor y todo. Se echaron a reír.

El grupo se hizo una foto con unos músicos vestidos de época.

El día transcurrió en armonía. Malena estaba encantada. Solo el hecho de estar junto a Carol ya era más que suficiente. La estrechó la mano con cariño. Carol la miró y se la estrechó ella, con una entrañable sonrisa.

A la salida de una plaza y un par de calles detrás llegaron a una calle, una compañera se paró, y miró su mapa.

—Creo que es aquí.

—Sí. ¡La casa de Strauss!

Carol miró a Malena. Esta se tapó la boca con la mano al tiempo que ponía cara de sorpresa.

—Eres mala, ¿lo sabías?

—Por favor, estamos en la casa de... ¿cómo has dicho que se llamaba?

Carol se rio.

—No tienes remedio, pasó su brazo por detrás de su cintura atrayéndola hacia ella. Malena volvió a sentir un escalofrío.

Entraron, a Malena le hacía gracia el entusiasmo del grupo. Hacían que ella también participara de esa ilusión.

—En esta casa compuso su famoso vals, ¿no? —Hizo que bailaba.

—¿Y cómo sabes tú eso? —Dijo Carol sorprendida—. ¡Ah! Claro, tus queridas «maquinas» y el maravilloso mundo de «Internet». Qué pregunta para toda una informática como tú.

Malena sonrió.

—Que sepas que se encuentra de todo. Y creo que te voy a sorprender.

—¿Ah, sí? Me gustaría verlo.

—Lo verás.

—Estoy deseando, pasó sus dedos por su cintura.

Malena miró a su alrededor cortada. Carol contuvo la risa.

Su entusiasmo aumentó en el museo de antiguos instrumentos musicales.

Malena se separó del grupo, que describía cada detalle de lo que veían, ella miraba con ojos inexpertos. Pasó a otra sala.

—¿Qué haces aquí sola? —Dijo Carol a su lado.

—No te preocupes por mí.

—¿Prefieres que nos vayamos?

—Claro que no —la miró. Carol tenía todo el amor del mundo en sus ojos. Algo a lo que no acababa de acostumbrarse, la conmovía por dentro—. Vamos con ellos —dijo cogiéndola por los hombros.

—¿De verdad que lo estás pasando bien?

—De verdad. Estoy muy a gusto, tus amigos son gente muy maja, y desde el primer momento han hecho que me integre. Me alegro de haber venido.

Carol la miró y acarició su mejilla.

—¿Sabes una cosa? Desde que llegamos haces que este descentrada —Malena la miró extrañada—. No pienso en otra cosa que en estar contigo. Reprimo continuamente las ganas de besarte.

Se miraron.

—Será mejor que vayamos con ellos, por favor.

Antes de volver al hotel, decidieron tomar unas cervezas en una terraza.

—Mañana es el festival de música en la plaza del Ayuntamiento, han instalado una pantalla gigante y habrá casetas de comida y bebida de varios países.

—A eso me apunto —dijo Malena.

—Y yo también —dijo uno de ellos.

Carol apoyó su brazo en el respaldo de su silla y acarició su espalda. Esos gestos de cariño a Malena la desarmaban por completo.

Casi no le dio tiempo de cerrar la puerta de la habitación, cuando la empezó a besar con urgencia.

—¿Y esto?

—Llevo todo el día pensando en tenerte para mí sola, ya no puedo esperar más —dijo mientras la desnudaba.

—Yo tampoco —dijo Malena quitándose la blusa.

Esa mañana fueron a ver la Opera. Como era habitual, todos estaban emocionados, no pararon de comentar todo lo que veían.

—¿Sabes que se inauguró en 1869 con la ópera «Don Giovanni» de Mozart? —Dijo apostando Malena. Carol la miró—. ¿Qué? Empieza a interesarme el mundo de la música —respondió.

Carol le regaló una sonrisa. A modo de bienvenida, una chica tocaba el violonchelo en la entrada.

—¡Qué casualidad! —Dijo Malena mirando a Carol.

—Lo hace muy bien —comentó esta.

—Sí, los acordes suenan justo a su tiempo. ¿Mahler, no?

El grupo se quedó mirándola y se echó a reír con ganas. La expresión de Carol revelaba claramente cómo se sentía.

—Te prefiero a ti —le susurró mientras subían las escaleras.

A última hora de la tarde, fueron a la plaza del Ayuntamiento, era algo temprano y todavía no estaba abarrotada de gente. Cogieron un buen sitio frente a la enorme pantalla que había instalada.

—Vamos a por algo de beber y aprovechamos para traer también algo de picar —dijo Tomás.

—Te acompaño —se ofreció Malena.

Se sentaron. Carol estaba sentada en la otra punta. Alfredo y Malena se sentaron juntos. Primero ofrecieron música clásica, y después cambiaron radicalmente con música *jazz*.

—Me voy a tomar algo, no me gusta nada esta música —dijo Malena.

—Te acompaño, a mí tampoco me entusiasma —le siguió Alfredo.

—¿Qué probamos bebida suiza o checa?

—Checa.

—Muy bien, vamos.

Se acercaron a la caseta y pidieron dos cervezas. Unas chicas a su lado hablaban entre ellas.

—Qué bien, por fin entiendo algo de lo que se habla —dijo Alfredo mirándolas.

Estas se rieron. Empezaron a hablar. Carol las vio. Parecían muy animados. No es que le hiciera mucha gracia.

Una de ellas parecía contarle algo a Malena, esta escuchaba con atención. Se rieron con ganas.

—Pues sí, es un músico reputado —dijo Malena a una de ellas, que miraba a Alfredo más de la cuenta.

—Sólo soy el primer violín.

—¿Eso es importante, no?

—Sólo un poquito.

Se volvieron a reír.

—No seas tímido, aprovecha, le gustas, está claro —le dijo al oído Malena.

—Hace tanto tiempo, que ya ni me acuerdo.

—Déjate llevar, te saldrá solo.

El chico bebió de su vaso. Malena sonrió.

Carol no quería reconocerlo, pero estaba molesta. La miraba esperando que ella hiciera lo mismo, pero ni una sola vez, se digno hacerlo.

Miró hacia las casetas y vio a Alfredo con la chica. Reían y parecían disfrutar de la charla. Sonrió, pero se le borró al ver a Malena muy interesada por la conversación. Volvió a mirar, las vio pedir y afortunadamente, Malena se quedó sola un momento.

Decidió que ya era suficiente, se levantó y fue hacia ella.

—¿No tienes con quien charlar? Malena notó el tono:

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Se ha ido tu amiga?

—Carol, por favor.

—¿Qué haces aquí?

—No me gusta el *jazz*.

—¿Qué te gusta?

—¿A qué viene esto?

—Me gustaría saber el motivo por el cual, no has estado conmigo ni cinco minutos.

Malena la miró sorprendida.

—No podía pasar por encima de la gente.

—Y parece que eso te ha venido muy bien.

Malena suspiró.

—Escucha, parece que Alfredo ha hecho buenas «migas» con esa chica —dijo mirando dónde se encontraban ellos—. Yo sólo le he echado una manita.

—Has puesto mucho empeño en distraer a las otras.

—Vaya, ¡estás celosa!

—Por supuesto que no.

—Claro que sí.

—No lo estoy. Solo que no me gusta esta faceta tuya.

A Malena, eso le molestó.

—¿Qué faceta?

En ese momento llegaron los demás.

—Esto ya ha terminado, nosotros nos vamos al hotel.

—Yo también —dijo Carol sin mirarla.

—Iré a decírselo a Alfredo —dijo seria.

Le dieron cien patadas, cuando vio cómo se acercaba a las otras chicas, y se despedía de ellas.

—Alfredo se queda —dijo al volver. Los comentarios fueron inevitables.

Carol no se molestó en dirigirse a ella en todo el camino de vuelta. A Malena no le gustaba nada como había acabado la noche.

Se despidieron de los demás en el pasillo. Entraron en su habitación en poca armonía. Carol fue a la ducha directamente. Ella se tumbó encima de la cama, ahuecó la almohada y se apoyó en el cabecero. Carol salió al poco, llevaba nada más que una toalla en la cintura, la parte de arriba iba desnuda. Se puso delante del espejo de espaldas a Malena, y empezó a sacudirse el pelo para colocarlo a su gusto. Malena no dejaba de mirarla, sabía que Carol la estaba picando. Aguantó un poco más, Carol la miraba a través del espejo disimuladamente, fingiendo no hacerlo. Se echó la melena hacia atrás con los brazos en alto, dejando ver su torso desnudo, clavó su mirada en Malena. Se quedaron así, durante unos segundos. Malena incapaz de aguantar más, se levantó despacio, se colocó detrás, pegándose a ella, hundiendo su cara en su pelo mojado, al tiempo que le quitaba la toalla, que cayó al suelo.

Dulcemente abrazadas se estrechaban una contra la otra.

—No vuelvas a pensar algo así —dijo Malena.

—Me he portado como una tonta, lo siento, pero no he podido evitarlo.

—Sólo hablábamos. Pero debo reconocer que me ha gustado verte celosa.

—Te repito que no lo estaba.

—¿Entonces?

Carol la miró.

—Eres para mí ¿lo entiendes?

Esas palabras la hicieron pensar en Lucía. Ella también se lo había dicho en una ocasión. Pero no, no era el momento para eso. Estaba con Carol y habían tenido una reconciliación de película. Eso era lo único que importaba.

—¿Qué piensas?

Carol la miraba intrigada.

—Nada, en lo que me has dicho.

—¿Excesivo, no?

—No, me gusta. Se tumbó encima de ella y la empezó a besar.

Apuraron la última mañana en la ciudad.

Malena se acercó a Alfredo.

—¿Bueno como terminó la noche?

—Un par de copas y después, la acompañé al hotel.

Alfredo se fijó en la sonrisita de Malena.

—Pues no, nada de eso. Sus amigas estaban en la habitación.

—Qué pena.

—Hemos quedado para vernos en Madrid.

—Eso es otra cosa, me alegro, parece una chica muy maja y además es guapa.

—Está buenísima, mejor dicho.

Se rieron.

—¿Qué os parece si vamos a uno de esos cafés, son muy típicos?

—¿Ahí tampoco se oye *Rock and Roll*, no?

Se rieron todos a la vez del comentario de Malena.

A última hora de la tarde les llevaron al aeropuerto.

—Me llevo un recuerdo muy bonito —le comentó Malena.

—Yo también, acaricié sus manos.

«Me duele tu silencio, tu indiferencia». Malena se sintió culpable, se quedó mirando la pantalla del móvil. No sabía la razón, pero cada vez se enfadaba más, cuanto más tardaba en saber de ella. Se suponía que ahora que Carol estaba en su vida, no tenía que importarle tanto; pero en cambio, era totalmente al contrario. Al ver su mensaje, todo lo compartido le vino de golpe.

«No hay quién te entienda», se reprochó. «¿Cuánto ha tardado en darse cuenta? Lo único que le molesta, no es que tarde o no, en contestar, sino que no lo haga siquiera. Cree que no tiene el control, y eso le descoloca, ni más ni menos. A ver si te enteras de una vez. Le apetece el polvo de costumbre, solo eso, so ilusa».

¿Pero por qué se tenía que sentir mal? No la traicionaba al estar con Carol. Lucía estaría con su marido, y ni se le pasaría por la cabeza, que le estuviera engañando. ¿Acaso ella tenía los mismos sentimientos? Pues no, estaría tranquilamente, y ella era tan tonta, que compartía su corazón. Se sentía enamorada de Carol como no lo había estado nunca, pero a la vez también Lucía ocupaba su sitio.

Se debatía entre dudas, decírselo o callarlo. Tanto a una, como a otra.

Aunque realmente la única que merecía, a su entender, una explicación, sería Carol. ¿Lucía, no hacía lo mismo con su marido? ¿Por qué ella no? ¿Y si al sincerarse con Carol, la dejara? Sería totalmente lógico. ¿Quién aguantaría compartir a tu pareja? Saber que cuando no estás con ella, estás con la otra.

Lo malo de todo, era que no quería prescindir de ninguna. Eran muy diferentes, y le gustaba todo de cada una. ¿Por quién decidirse? Eso era imposible. ¿Qué hacer?

Dejó transcurrir los días al lado de Carol, intentó no pensar en Lucía. No quería seguir en la posición que ella le había colocado, esperar una señal suya. Ya había sido suficiente. Y ahora, Carol, era el centro de todo.

Acababa de despedirse de ella y ya la echaba en falta. Bajó de la moto, y al quitarse el casco la vio.

Lucía de pie en su puerta, la miraba con melancolía. No la había llamado, se había presentado sin más. Afortunadamente, Carol, se había ido fuera a dar unos conciertos.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Lucía entró.

—No sé, si soy bien recibida.

—Es tu casa.

Se sentó, Lucía lo hizo a su lado.

Miraba la mesa pensativa.

—¿Por qué?

—¿A qué te refieres? Malena se puso en guardia.

«¿Acaso las había visto?».

—¿Por qué me tratas así? Malena suspiró aliviada.

—No te trato de ninguna manera.

—Eso es a lo que me refiero. No sé de ti hace. Ni lo sé.

—He estado ocupada.

—¿Tanto como para no responder, ni a una llamada, ni a un mensaje? El único motivo es para echármelo en cara, ¿no?

—Pues no, pero ahora que lo dices.

—Lo sabía, muy bien, pues si quieres que te diga lo mal que lo estoy pasando, te lo diré. Es una tortura no saber de ti, me siento perdida y vacía, ¿contenta?

Malena sintió lástima, no se merecía que la tratara así. Se levantó y la abrazó.

—Yo también te he echado de menos. Y no sabes hasta que punto. También tus silencios me torturan.

—No vuelvas a hacerlo, por favor. No me he atrevido a venir antes, por miedo a volver con el corazón roto.

—Eso no pasará jamás.

Desechó la idea de reprocharle todo lo que le hacía daño de ella. Por primera vez, sintió que estaba jugando con fuego.

—Si hemos quedado donde siempre, nos veremos allí con los demás. Por cierto, ¿sabes que mañana se casan Rocío y Sergio? —Dijo Nuria.

—Vaya, no sabes cuánto me alegro —disimuló.

«Pues claro que lo sabía, Lucía se lo había dicho, y por eso, ese día, no se podían ver».

—¿Y tu hermana? Siempre tiene que ser la última.

—Ya estoy aquí —dijo Lucía.

Un último mensaje a Malena.

—Bueno, ya he sacado el coche, ¿nos vamos? Vaya dos hijas guapas que tengo —dijo el padre de Lucía desde la puerta.

—Ya lo sabemos, y ahora, vámonos.

—Tranquilízate, mamá, nos pones más nerviosos.

—Se acabó la cháchara, todo el mundo fuera —zanjó Esteban.

Esperaban fuera en la calle a poder pasar a la Sala. Unas chicas en bici pasaron por la carretera a su lado.

—¡Eh! Lucía —gritó Nuria deteniéndose.

Lucía se acercó. Malena se paró con los demás un poco más adelante. Se quedó mirando, pero no se acercó. Nuria charló unos minutos con ella.

—¿Te acuerdas de mi compañera? —Le preguntó a Malena.

—Sí, claro —no tuvo más remedio que acercarse.

—Hola —dijo como si nada.

Lucía la contestó en el mismo tono.

—Un vestido precioso.

—Gracias —la sonrió mirándola directamente.

—Hoy toca hacer deporte, ¿no? —Miró sus bicicletas.

Malena estaba irresistible con la camiseta de tirantes y el pantalón ajustado.

—De vez en cuando no viene mal.

Se miraron durante unos segundos intensos.

—Tu hermana está preciosa —comentó Nuria.

—Y de los nervios, lleva un día insoportable.

—Es normal, es el día de su boda, un día importante —contestó aposta Malena.

—Sí, todo son ilusiones compartidas entre dos —respondió, y esta vez la miró fijamente.

—Y la luna de miel, lo mejor —siguió Nuria.

—Desde luego. ¿No crees? —Miró a Malena obligándola a responder.

—Mejor que nada, por supuesto.

Sonrió con ironía. Malena esquivó la mirada.

«*Touché*» tuvo que admitir.

La llamaron.

—Me tengo que ir, pasarlo bien.

Nuria se reunió con el resto, Malena fingió mirar algo de la bicicleta, para observar cómo se alejaba. Lucía se dio la vuelta antes de desaparecer por la puerta.

Viendo a su hermana y a su cuñado tan felices. Recordó el día de su boda. Creyó estar tan ilusionada como ella, se convenció de ello, aunque algo fallaba, no sabía exactamente que era, pero ninguna novia, y estaba segura de que era así, tendría la sensación que ella, de que en el fondo, algo no marchaba como debía.

Un vacío, por muy pequeño que fuera, en su interior, le avisaba de que tarde o temprano se lo haría saber, sin siquiera darse cuenta, se presentaría delante de sus narices, en el momento más inesperado.

Aunque logró dejarlo de lado y continuar con su vida, o con lo que se suponía que debía ser su vida.

Matrimonio, hijos y todos tan contentos. ¿Pero y ella? ¿Y si no fuera del todo así? No de esa manera. Como su familia y la de su marido esperaban, y si ella no seguía ese camino, ¿qué? Solo deseaba estar bien y a gusto consigo misma.

Ahora echando la vista atrás, no podía decir con sinceridad, si alguna vez estuvo enamorada de Esteban. Se conocieron en el primer año de carrera y hasta ahora. No se plantearon más. No es que no fuera feliz con él, pero el leve aunque continuo mensaje de su interior, persistía, obcecado en su empeño de mostrarle algo ¿pero qué? En ese momento ni podía imaginar, que ese desasosiego, era el instrumento del que se valía su corazón, guiándola por el sigiloso camino, que con tanto empeño, se esforzaba en hacerle llegar.

Y que llegó transformado en un choque brutal, sin contemplaciones, cuando Malena apareció en su vida. En ese momento, todo su ser se llenó de ella, su cuerpo tembló como una hoja, su interior soportó lo que antes era una débil llamada, para estallarle, sin previo aviso, por dentro y dejarla conmocionada y aturdida. Supo que era ella, con tal certeza, que llegó a asustarla. Nadie había hecho que se conmoviera de ese modo, con tan solo mirarla.

—¿Entonces, te apuntas? —Preguntó Malena.

—Me apetece, iré con dos amigas.

—Nosotras iremos un poco antes, te espero allí.

—No tendrás que esperar mucho.

—¿Te gusta ponerme nerviosa?

Carol se rio.

—Hasta luego.

—No, hasta ahora.

A salir del convite, unos pocos, decidieron continuar la noche.

El local estaba animado. No les importó que fuera de ambiente, a Lucía siempre le hizo gracia, como se referían a esos sitios. Ahí se tomarían la última. Ponían buena música y podían acabar a las tantas. Cogieron un sitio en la barra, y pidieron. Lucía decidió pasarlo bien, era la boda de su hermana y dejó su mente en blanco. Estaban animados y se pusieron a bailar. Disfrutaba viendo a su hermana tan contenta. Siempre habían estado muy unidas, aunque su hermana, ignoraba la existencia de Malena. No tuvo el valor de contárselo, era algo pendiente y que la torturaba. Sabía que cuando se enterase, haría mella entre las dos, no porque no lo aceptara, sino por no haber confiado en ella. Dio un trago a su vaso y se unió a los demás.

Malena estaba sentada charlando tranquilamente, cuando notó, que alguien se sentaba a su lado.

—¿He tardado? —Le dijo Carol al oído.

—Una eternidad.

Se besaron. Saludó al resto y presentó a sus amigas.

Lucía se dejaba llevar por la música, hacía tiempo que no estaban todos juntos, y querían pasarlo bien.

—Voy a descansar un rato. Estos zapatos me matan.

Lucía se descalzó y se dio un pequeño masaje en los pies. Los tenía doloridos, no estaba acostumbrada a los tacones, hacía siglos que no se los ponía. Miraba distraídamente a la gente. Observó a sus amigos divertirse, se sentía bien, era una noche animada.

Dudó si pedir otra copa más, no es que estuviera borracha, pero no tenía costumbre de beber. Mientras se lo pensaba, observó a la gente. La mayoría eran chicas. Vio a dos acarameladas. Al instante, le vino a la mente Malena. Le encantaría hacer eso. Se preguntó la razón de que nunca hubieran ido a sitios como ese. Malena nunca le dijo nada, y ella ni siquiera lo pensó. Si lo hubieran hecho hubiera tenido que contárselo a Nuria. Se sintió mal, no encontraba el valor para contárselo.

Siguió observando a las dos chicas. Sintió algo de envidia, vivían su sexualidad sin tapujos ni mentiras, estaba segura. Deseó estar con Malena en ese momento. Harían lo mismo que esas dos tortolitas, sonrió. Desvió la mirada y la fijó en la barra. Se incorporó en el asiento. Creyó ver a Malena de espaldas en la barra.

No podía ser, sería mucha coincidencia, aunque ¿por qué, no? Estaba segura de que era ella, y más cuando se giró un poco y pudo ver su cara claramente. Sintió un escalofrío.

Miró a sus amigos y miró a Malena, sus dos mundos, y ella vivía entre los dos. Tuvo una sensación extraña y a la vez inquietante. Ninguno de ellos sospecharía, ni remotamente, que esa chica, era su amante clandestina, su amor secreto, su vida tal y como hubiera querido vivirla siempre, pero su cobardía podía más, y la obligaba a poner buena cara.

Tuvo el impulso de levantarse e ir hacia ella, pero no podía ser, otra vez, no podía ser.

Una chica se acercó por detrás de Malena y la abrazó, dándole un beso. Se dispararon todas las alarmas. Malena se dio la vuelta y respondió, la besó de nuevo. La chica la tenía agarrada por la cintura, mientras se decían algo. Las miradas y gestos de cariño fueron lo suficientemente explícitos para que Lucía comprendiera.

—No puede ser, ella no.

Sintió un mareo repentino, quería salir de allí a toda costa. No pudo dejar de

observarlas, y creyó morir cuando, cogidas de la mano, salieron a bailar. La chica se movía con movimientos sensuales, a lo que Malena respondía de la misma manera. No dejaron de besarse y abrazarse.

A Lucía le dio la impresión, de que su corazón se paró en ese momento. Todo su mundo se derrumbó y ella con él.

—¡Lucía! —dijo alguien al lado de su mesa. Miró, Nuria la sonreía.

—¿Pero qué haces aquí? —Sacó fuerzas de flaqueza de donde no las tenía.

—Hemos decidido seguir la noche.

—Pues me alegro, que sea aquí, vamos a tomar algo.

—No me apetece mucho, gracias.

—No parece que estés de fiesta, ¿qué te ocurre?

—Estos dichosos zapatos.

Nuria se rio.

—Venga, vamos a tomarnos algo juntas.

Se levantó de mala gana, sintió las piernas temblar.

—¿Estás bien?

—Sí, un poco cansada, ha sido un día bastante intenso.

—Me imagino, ahora te animarás un poco.

Empezaron a hablar, Lucía intentaba pensar con claridad, pero estaba aturdida por el golpe. No se dio cuenta de que Malena y Carol se acercaban con sus amigas. Estaban unos metros de dónde estaban ellas.

—Mira a quién me he encontrado —dijo Nuria a Malena.

Esta se puso algo pálida, pero se recompuso enseguida. Apenas oyó su saludo, y no sabía siquiera si ella, había contestado.

Lucía miró a Carol, y luego fijó su mirada en Malena, sintiendo que se partía por la mitad. Se tuvo que apoyar en la barra. Malena no podía describir lo que sentía en ese momento, pero ¿no hacía ella, lo que quería? ¿No tenía el mismo derecho?

—Bueno, voy con ellos —dijo mirando su mesa.

—Me ha gustado mucho verte —dijo Nuria.

Lucía se despidió con un gesto, y una tímida sonrisa. Pasó al lado de Malena, sin mirarla, esta apenas podía pensar, Lucía se movía por inercia.

—¿Qué te pasa? —Estaban se sentó a su lado.

—Estás pálida, ¿te encuentras bien?

—Quiero irme a casa. Vámonos, por favor.

—Has bebido más de la cuenta —le regañó su hermana.

—Creo que sí, necesito aire.

—Te acompaño —dijo su marido.

—Quédate si quieres, cogeré un taxi.

—No importa, me voy contigo.

Lucía no quiso obligarle a quedarse, era lógico que se fuera con ella. Pero quería estar sola y llorar su desgracia. Aguantó las lágrimas como pudo. Se sentía vacía y sobre todo, traicionada.

Malena no sabía exactamente qué había hecho a partir de ese momento, su mente en blanco, seguía abotargada.

El choque de emociones que la invadía, era una tremenda lucha interior. Era consciente del dolor que Lucía sentiría, y se odiaba por eso; pero ella tenía que admitir que podría pasar en cualquier momento. No la quiso engañar, no se trataba de eso, además, no sentía haberlo hecho, tan sólo había encontrado alguien con quien compartir lo que no podía con ella. Y sí, Carol le gustaba y mucho, sentía algo muy fuerte, pero también estaba enamorada de ella. Si no lo estuviera, ¿cómo hubiera aguantado lo que ella le había impuesto?

¿Tenía que haber sido sincera desde un principio? Se negó a volver a meterse en el enredo que era su cabeza. ¿Intentaba hablar con ella? ¿O esperar su reacción? No, le correspondía y era su obligación ir en su busca.

Esa noche sería muy larga, se dio la vuelta en la cama. Sabía que no iba a pegar ojo.

Lucía no sabía el tiempo que llevaba sentada a oscuras en el salón. Por compañía, su pena, lo único que se movía eran sus lágrimas. No podía borrar las imágenes de su cabeza. Daría lo que fuera porque el amanecer, borrara ese mal sueño en el que estaba inmersa, y todo volviera a ser como siempre.

Buscando un consuelo inútil y vano. Malena se presentó en casa de Nuria. Sabía perfectamente la reacción que tendría, y era consciente de que podían terminar mal. Se lo había ocultado y no se merecía eso.

La cara de Nuria, era indescriptible, cuando Malena acabó de contárselo.

—Te miro y veo a otra persona —dijo perpleja—. ¿Me estás diciendo, que eres la amante de una mujer casada, que es mi socia? Acabas de empezar una relación con una chica que se muere por ti, y que no sabe que Lucía existe, por no hablar, que me lo has ocultado, a mí, tu mejor amiga.

Malena bajó la mirada. ¿Qué podía decirle?

—De verdad, que no te conozco. ¿Esta es la amistad que tenemos? ¿La confianza que compartimos?

—No lo sabes por expreso deseo de Lucía, no quería que nadie lo supiera, solo

me limité a respetar su decisión —Nuria la miró y supo que no estaba convencida—. Dime que me vaya, y que no quieres volver a saber de mí, y desapareceré.

Nuria la miró durante unos minutos interminables. Malena no le llegaba la camisa al cuerpo. Era su mejor amiga, no podían terminar así.

Viéndose vencida, se levantó y se dispuso a marcharse. Casi estaba a punto de abrir la puerta.

—¿No vas a explicarme siquiera de que va todo esto?

Malena suspiró aliviada. Se giró.

—Ni yo misma lo sé. De repente, me veo metida en todo este lío.

—¿No te has parado a pensar que podía ocurrir en cualquier momento?

—Me limité a que las cosas siguieran su curso.

—No exactamente, te limitaste a pensar solamente en ti. Ahora hay una persona, que está sufriendo lo insufrible, y otra que pasará por lo mismo. ¿O no piensas decirle nada?

Malena se levantó. Hizo un gesto de impotencia.

—Supongo que tendré que hacerlo.

—¿Supones?

—Tengo miedo a perderla, a Lucía ya lo doy por hecho.

—Pues haberlo pensado antes.

Malena sabía que tenía toda la razón. Suspiró pretendiendo calmarse.

—Malena —dijo poniéndose a su lado—. Tienes que comprender que una relación no puede basarse, en mentiras, en ocultar lo que te pueda resultar incómodo, para no pagar ninguna consecuencia. ¿De verdad, ellas, se merecen lo que tú les das?

Malena la miró, y de algún modo le hizo ver todo lo mal que lo había estado haciendo. Le arrojó a la cara sin contemplaciones todo lo miserable que era.

—Tienes razón. No las merezco, a ninguna de las dos —Nuria cogió aire, aliviada—. Y a ti tampoco, eres lo mejor —la abrazó con todo el cariño de tantos años de amistad—. Siento haberme portado así contigo, no tengo perdón.

—Pues no, pero bueno.

Se miraron y volvieron a abrazarse.

SEIS

Desde la acera de enfrente, miraba la puerta de su casa. Se había asegurado que no la viera desde allí. ¿Qué podía hacer? Lucía no se había vuelto a poner en contacto con ella. No se atrevía a llamarla o enviarle un mensaje. Pero entonces, ¿cómo demonios haría? Llevaba más de una hora allí plantada, y nada. No la vio llegar, ni salir. ¿Y si se hubiera marchado fuera? Decidió esperar, un poco más.

Miró el reloj, ya había pasado más que tiempo suficiente, le dolía la espalda, se levantó del banco, y se marchó.

Su corazón empezó a latir sin control, cuando vio a Lucía esperando en la puerta de su casa. Se miraron sin decir palabra.

—Entra, por favor —le dijo en una súplica desesperada.

Lucía obedeció. Se sentó directamente y fijó su mirada en otra parte que no fueran sus ojos.

Malena lo hizo con todo el cuidado del mundo a su lado. No tenía ni idea por dónde empezar. Finalmente, hizo acopio de valor.

—Créeme, por favor. Siento asco de mí, por ser la causante de tu dolor. Pero yo también tengo derecho a vivir mi vida, igual que haces tú.

Lucía la miró sin comprender.

—¿Mi vida? Gira en torno a ti. Que esté casada, no significa que la tenga.

—¿Cómo que no? Yo solo soy un entretenimiento.

La miró atónita:

—¿Cómo? ¿Crees que solo me sirves para distraerme de una vida conyugal que no me satisface?

—¿Entonces, por qué lo haces?

—Creí habértelo demostrado, pero ya veo que ni siquiera te lo has planteado.

—¿Qué me voy a plantear? Sigues casada. Me llamas, nos vemos, por último me dejas, y sigues tu normalidad, como si nada. Yo me quedo esperando la próxima llamada, el siguiente mensaje. Mi vida es un aleteo a tu alrededor. A una señal tuya, chasqueas los dedos y ahí me tienes, rendida a ti. Y sí, tienes razón, ni siquiera me lo planteo.

—¿Sólo eres mi vía de escape?

—No, vives a través de mí, tu vida, la de verdad. La otra, es la que te asfixia, y que no sabes cómo sacudirte de encima. No somos más que dos cobardes.

Lucía sabía que tenía razón.

—Lucía, ¿tú sientes que engañas a tu marido, o quizás llegas a pensar que me

engañas a mí? —Malena fijó su mirada en sus ojos.

—¿Me estás pidiendo que lo deje todo?

—No me atrevería, es decisión tuya. ¿Y sabes quién puede ayudarte?

—¿Quién?

—Tus sentimientos.

Lucía sintió como dagas cada una de las palabras.

—Tú te has dejado guiar por ellos, ¿no?

Malena no contestó.

—Supongo que ha llegado el momento de retirarme de escena —dijo Lucía levantándose.

—Yo no lo quiero.

—¿Y qué es lo que quieres entonces?

—Sólo lo que quieras tú.

—¿Vas a repartir tu tiempo entre las dos?

Malena sabía que se lo estaba poniendo difícil aposta, se lo merecía.

—Podrías enseñarme.

No quería atacarla, pero no pudo evitarlo. Lucía la miró con reproche y dolor. Se fue a la puerta y se marchó.

Se sentó desesperada. No tenía ni idea cómo arreglarlo. Antes de que su cabeza empezara a dar vueltas, salió a la calle.

Acababan de hacer el amor, y Carol, la miraba con cariño. A Malena se le clavaba en pleno corazón. Dudaba si decírselo o esperar, no quería estropear esta relación tampoco. Se había convertido en su refugio, dónde nadie la reprochaba nada. Era consciente de que no estaba siendo justa, y Carol no se merecía ninguna mentira, pero no tenía el valor suficiente, y los días transcurrían ajenos a lo demás. Y aparte, ahora sí que estaba segura que lo suyo con Lucía, había acabado definitivamente.

Carol y ella pasaban más tiempo juntas. La complicidad era total. Y algo especial las unía.

De vez en cuando asistían a algún concierto. Malena fingía dormirse cuando Carol la miraba. Esta la pellizcaba suavemente, siguiéndola el juego.

Escapadas al campo, películas hasta las tantas, cenas con amigos. Sentía que estaba viviendo su propia vida, y lo disfrutaba plenamente. Pero lo que disfrutaba de verdad, era cuando iba a buscarla a la escuela de música, y escuchaba tocar a Carol. Se sentaba a hurtadillas en la última fila de la clase y se quedaba embobada contemplándola. No sabría describir la sensación que le producía, le hacía sentir escalofríos, era capaz de transmitirle su pasión por la música.

El tiempo que pasaban juntas en casa, siempre había música clásica acompañándolas. Malena se había acostumbrado, hasta el punto de que cuando estaba sola, de vez en cuando le gustaba escucharla.

Pero no podía dejar de pensar en Lucía. Hacía más de un mes que no sabía nada de ella. Supuso, no sin pena, que había dado por terminada la relación ella también. Más de una vez, estuvo a punto de arriesgarse a enviarle un mensaje, pero decidió que lo mejor, era dejar las cosas como estaban.

Aún así, no pudo evitar apostarse de vez en cuando en su casa, bien escondida y esperar inútilmente a tener la suerte de verla. La echaba de menos, pero no podía hacer otra cosa, sólo eso, añorarla.

Tomó la decisión de concentrarse en su relación con Carol. Habían llegado a un punto de solidez y complicidad absolutos.

—Los inviernos en Canadá, son muy fríos —comentaba Carol.

—Debe nevar mucho.

—Sí, hay compañeros que han pasado las vacaciones de invierno, y dicen que caen unas nevadas muy fuertes. Qué bonito, ¿no? Saber que vas a pasar unas Navidades blancas.

—¿Allí también se besan bajo el muérdago? —Carol sonrió—. ¿Sabes una cosa? Estoy convencida de que vas a tener tu beca —la besó, entregándole su corazón.

Y así transcurrieron dos meses, en los que no olvidó a Lucía.

Estaba tan ilusionada, que casi no podía esperar a decírselo. Lo había comentado un compañero de trabajo y rápidamente se puso a buscarlo. Le pareció muy curioso y divertido. Estaba convencida de que a Carol le encantaría. Hizo la reserva sin pensarlo.

—Malena, ¿puedes estarte quieta?

—Lo estoy —dijo sorprendida.

—No has parado un minuto desde que llegamos de comprar. Y será mejor que dejes ese cuchillo, te vas cortar. ¿Qué te ocurre?

—Nada.

—¿Te apetece salir?

—No, prefiero estar aquí solitas cocinando —la cogió por la cintura, besándola.

—En serio, dime qué te pasa, cariño —acarició su mejilla.

—¿Por qué crees que me pasa algo?

—Estás inquieta, pareces una cría, no paras un minuto.

—A lo mejor me calmo si me ayudas tú.

Carol sonrió:

—Eso tendrá que esperar —se soltó y siguió con las verduras.

Malena la observaba preparando la comida. La ventana abierta dejaba pasar el sol, que le daba de frente. Iluminaba su rostro, haciendo que su pelo fuera más rojo todavía, realzaba sus pestañas y sus preciosos ojos verdes parecían brillar. Carol giró la cabeza y la miró sonriendo.

—No me mires así, o no respondo.

—Ponte a pelar patatas, anda.

—Así me gusta, que seas romántica —contestó Malena con un tono de resignación que hizo reír a Carol.

—Me encantan tus guisos, eres una cocinera estupenda —comentó Malena al terminar de comer. Carol fue a levantarse para quitar la mesa.

—No, por favor. Ya me encargo yo de recogerlo todo. Tú ponte cómoda —la llevó al sofá y le hizo sentarse—. ¿Un café?

Carol la miraba sin entender nada.

—¿Es que no puedo ser amable?

Al poco salió con una bandeja, la dejó en la mesa y se sentó a su lado. Empezó a servirla.

—Gracias —dijo cogiendo su taza—. Pero ¿sólo uno? ¿Por qué?

—Tienes que dormir bien.

—¿Cómo qué tengo que dormir bien?

—No quiero que pases mala noche —sonrió.

—¿Y por qué iba a pasarla? Además, voy a dormir contigo, así que.

—Sí, y precisamente. Nada de sexo a deshoras, luego estamos todo el día echas polvo.

—Bueno, eso es muy discutible —la besó en el cuello—. ¿Me rechazarías? —Le susurró al oído.

—No haría falta, dormiría en la otra habitación.

—Eso, no te lo crees ni tú. ¿Y a qué viene todo esto, hablando de todo un poco?

—Mañana tenemos que madrugar.

—¿Para qué?

—Sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

Malena sonrió al ver su cara.

—Las sorpresas no se cuentan, si no, no lo serían.

—Por favor —dijo apoyándose en su hombro.

—Soy inflexible.

—Vale, está bien. ¿Una pequeña pista?

—No, y ahora termina tu café.

Carol apuró su taza, la volvió a dejar en la mesa.

—¿Entonces nada de sexo esta noche?

—No.

—Pues entonces habrá que solucionar eso, ¿y qué mejor que ahora? —Dijo cogiendo su mano y obligándola a levantarse. Tenía una sonrisa traviesa. Malena hizo que miraba el reloj—. ¿Te parece bien? —Le preguntó camino de la habitación.

—Sí, buena hora, muy buena.

Esa noche cenaron pronto, querían preparar la maleta.

—¿Qué me llevo?

—Pues no mucho, no creo que te haga falta.

—¡Ah! ¡Vamos a una playa nudista!

—Frío, frío. Con algo para cambiarte es suficiente.

No pudo evitar sonreír al imaginar la cara que pondría cuando viera donde la llevaba.

—¿Sabes que eres mala?

—¿Yo, porqué?

—Sí, muy mala.

—¿Y sabes que me encanta?

Carol le tiró una camiseta.

Todavía no había sonado el reloj, y Carol ya estaba despierta. Besó dulcemente a Malena y la abrazó por detrás.

—Despierta mi amor, tenemos que ir a no sé dónde.

—¿Ha sonado la alarma? No la he oído.

—Está a punto de sonar.

—¿Qué hora es?

—Son, las siete menos cuarto.

—Pero cariño.

—No puedo esperar más. Me voy duchando mientras terminas de despertarte. La volvió a besar y fue hacia el cuarto de baño.

Cuando salió, Malena ya estaba de pie, cerraba su maleta.

—Me ducho en un minuto y desayunamos por el camino, ¿te apetece?

—Muy bien —se dieron un beso.

Mientras se duchaba Carol echó un vistazo, no quería dejarse nada.

—Un sitio precioso para una casa rural —dijo aposta Carol, mirando el paisaje por

la ventanilla del coche.

—No vas a conseguir nada, y sí, es un sitio muy bonito.

Carol la pellizcó suavemente.

Siguieron unos kilómetros más y dejaron la carretera general para coger un camino asfaltado que daba a unas verjas. Malena detuvo el coche, bajó la ventanilla y pulsó el timbre. Alguien contestó al otro lado, Malena dio los datos y las puertas de hierro se abrieron.

—¿Dónde estamos?

—Ya falta muy poco para que lo sepas.

Avanzaron un poco, y volvió a detener el coche.

—¿Por qué nos paramos?

Malena se giró, hacia ella, inclinándose un poco, y la miró:

—Quiero que me prometas que vas a cerrar los ojos, y no los abrirás hasta que yo te lo diga.

—Te lo prometo.

Malena no pudo resistir la tentación y la besó.

—Bien, ahora cierra los ojos.

Carol obedeció. Oyó como empezaban a moverse, y tras unos minutos se volvieron a parar.

—Ya puedes abrirlos.

Carol abrió los ojos, y en un principio, no sabía exactamente lo que veía. Se fijó: unas extensiones considerables de césped pulcramente cortado y cuidado, se extendía hasta los límites de la gravilla que daba a unas escalinatas que conducían a una puerta de hierro negro, muy bonita.

Una valla de piedra infinita que se perdía a la vista, rodeaba lo que supuso que era un hotel. La fachada era de ladrillo rojo, de diez pisos y sus ventanas blancas llenas de tiestos con flores, le daban un aspecto acogedor.

—Me gusta —comentó Carol—. ¿Pero dónde estamos?

—Vamos a verlo —dijo bajando del coche.

No habían siquiera sacado las maletas del maletero, cuando un mozo de cuerda, con un gracioso y pintoresco bigote, se acercó.

Vestía un uniforme azul, una gorra y una pequeña carretilla de madera. Se llevó la mano a la visera de la gorra.

—Bienvenidos, no se molesten, yo me ocuparé de su equipaje. Síganme, por favor.

Carol miró a Malena, su cara reflejaba la sorpresa que sentía. Malena sonrió

satisfecha. Carol la cogió de la mano y siguieron al extraño personaje.

Subieron la pequeña escalera y no hizo falta llamar.

Un hombre vestido con un traje impecable les dio la bienvenida. Su chaqueta, sus pantalones perfectamente planchados y sus relucientes zapatos, y sobre todo su pelo engominado y con raya en medio perfectamente alineada, le daban un aire antiguo.

—Pasen por favor —dijo invitándoles a pasar.

—Sean bienvenidas. Esperamos que su estancia sea lo más grata posible, haremos cuanto esté en nuestras manos, para que así sea.

Les condujo a un mostrador y llamó a un timbre de los que tantas veces habían visto en las películas.

Al momento, una chica vestida con un traje hasta los pies, con cuello calado, que sujetaba un camafeo, y mangas de farol, salió por una puerta. Llevaba el pelo recogido en un moño.

—Buenos días —dijo amablemente—. Tengan la bondad de firmar aquí, por favor.

Mientras Malena se encargaba del trámite. Carol observaba todo con curiosidad.

Una señora de la limpieza, pasaba el plumero, a una lamparilla de mesa. También llevaba un traje de época, la miró y la sonrió amablemente. Carol correspondió al saludo. De repente salió del ascensor una pareja. El hombre llevaba un frac y lucía una chistera, la mujer llevaba una falda larga, una blusa blanca de puntillas y un elegante sombrero, en la mano una sombrilla. El hombre se quitó el sombrero y les saludó, la mujer inclinó la cabeza.

—¿Qué te parece? —Dijo Malena mirando pasar a la pareja y respondiendo a su saludo.

—¿Pero dónde estamos? —Dijo mirando a su alrededor.

—Lo iremos descubriendo poco a poco. Yo tampoco lo sé muy bien.

—Por aquí, si son tan amables —les dijo el botones. Subieron al ascensor. Malena y Carol se miraban divertidas. Salieron del ascensor y enfilaron un pasillo.

—Aquí es —dijo el chico abriendo la puerta, pasó al interior, y dejó las maletas en la entrada.

—Disfruten la estancia —dijo al marcharse.

Malena le dio propina y se fue.

—¡Mira esto! —Dijo Carol mirando el interior del armario.

Malena se acercó. Vestidos, blusas, y zapatos de época les esperaban.

—No me lo puedo creer —miró la habitación.

El mobiliario se correspondía con la ropa. Lamparillas de gas en las paredes, y en

las mesillas.

—Es preciosa —dijo Malena mirando la cama de hierro negro—. Vamos a ver el baño.

Azulejos blancos en las paredes, una pila con un espejo y una bañera de esmalte blanco con patas doradas, así como los grifos.

—Menos mal que por lo menos tenemos una bañera, temía que solo hubiera una jofaina —comentó Malena.

Carol se dio la vuelta y la abrazó:

—Me encanta, gracias, eres la mejor, y te quiero —le dijo besándola.

Malena la estrechó en sus brazos.

—Podemos ir a uno de estos restaurantes.

Carol tenía el programa encima de la mesa.

—Vamos a cambiarnos.

Malena se vistió y no pudo evitar reírse al verse frente al espejo con el vestido.

—¿Has acabado? —Dijo al otro lado de la puerta del baño.

—Salgo enseguida —contestó Carol.

Malena se quedó de pie mirándola.

—¿Bueno, no dices nada?

—No puedo, me he quedado en blanco —dijo mirándola de arriba abajo.

Carol giró sobre sí misma.

—Estás todavía más guapa.

—Tú también.

Se pusieron de pie mirándose reflejadas en el espejo. Se miraron, echándose a reír.

Malena miró a Carol y se le ocurrió en ese momento.

—¿Qué te parece el hotel?

—Muy bonito, la verdad es que parece de película.

—Por ahí van los tiros —sonrió.

—¿Qué significa eso?

—Esto no es lo que parece —contestó.

Malena la miró extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que en realidad todo parece idílico, pero no es así, sino todo lo contrario.

—¿Cómo que todo lo contrario? —Se inquietó.

—En realidad cuando salgamos del ascensor, no sabemos lo que nos espera.

Puede ocurrir cualquier cosa, en cualquier momento.

—¿Qué?

Malena reprimió la risa al ver su cara.

—En realidad este hotel, es una casa del terror y nos pueden sorprender en cualquier momento, incluso dentro de la habitación, tampoco estaremos tranquilas, puede colarse alguien muy pálido y con muy malas pintas para hacer lo que quiera. O en plena noche ver reflejado en el cristal de la ventana una cara con unos ojos enloquecidos. ¿Te acuerdas del hotel de «*El Resplandor*»?

—¿Qué estás diciendo?

—Quería habértelo dicho antes, pero si lo hubiera hecho, no habríamos venido.

—Por supuesto, que no.

—¿Por qué? ¿No te gustan tanto las películas de miedo?

—Sí, pero no estar dentro de una —contestó asustada.

—Vaya, yo que creí, que te iba a gustar la sorpresa.

—Bueno, vamos a conocer «este mundo».

—Creo que no quiero salir.

—Pero hemos venido a disfrutar.

—¿El qué? ¿Qué nos maten de un susto?

—¿Así que, está es mi valiente Carol? La que no se ha perdido ninguna película de terror que se precie.

Por el gesto que hizo, Carol se dio cuenta.

—¿Te parece lógico?

—Es que no lo he podido resistir.

—Ahora sí que estoy enfadada contigo.

—Venga Carol, solo quería ver tu reacción.

—Pues ya la has visto —se sentó en el sofá.

Malena se arrodilló frente a ella.

—¿Vamos a perder el tiempo en esto? —Dijo ladeando la cabeza y mirándola con cariño.

—No ha tenido ninguna gracia, ¿sabes? Me has asustado.

—¿Te asustaba que pudiéramos encontrarnos con «Jack el Destripador», por ejemplo?

No quiso reírse. Carol evitaba mirarla Malena cogió su barbilla obligándola a que lo hiciera. Carol la rechazó. Malena acercó sus labios pero los volvió a rechazar.

—No puedes hacer esto —le susurró.

—Creo que tengo todo el derecho del mundo, ahora mismo.

—Es un castigo que no me merezco.

Carol la miró haciéndose la ofendida.

—Estando tan rabiosamente guapa como estás con ese vestido. No puedes hacerme este feo, no lo resistiría.

Se miraron, Malena volvió a intentarlo, Carol no puso ninguna resistencia.

—Perdona, no quería asustarte de esa manera, pero ahora sabiendo que eres una miedica...

—No lo soy —protestó.

—Ya, ya —se levantó, dirigiéndose a la puerta. Carol la siguió.

—Espera —dijo Carol cogiendo su mano.

La miró y sin decir palabra, acercó sus labios a los suyos, y se derritieron en un beso.

Mientras esperaban en el ascensor, un hombre salió de un pasillo de la izquierda y se dirigió a dónde estaban ellas.

Carol instintivamente, se agarró al brazo de Malena. Saludó como si nada. Se abrieron las puertas y entraron. Estaban en el último piso. De repente, el hombre se metió la mano dentro de la chaqueta. Malena le hizo un gesto, Carol la dio un pequeño azote. El hombre cogió un cigarro de la pitillera de plata.

Llegaron por fin y salieron al vestíbulo. Lámparas de gas, creaban un ambiente extraño. Carol miró la calle, todo parecía tranquilo, los transeúntes, supuso que eran también clientes, paseaban distraídos. Estaba deseando sumergirse con ellos en el mar del tiempo, en el que se encontraban.

—¿Me has perdonado ya?

Carol la sonrió.

—Tú también estás de lo más tentador con esa ropa, ¿sabes?

Su mirada fue provocadora.

—Vamos cariño, estamos en la vía pública. Nos pueden detener por escándalo público —dijo mirando a un policía que paseaba por la acera, con su casco típico, su porra y su mostacho.

—Contestando a tu pregunta, solo te odio un poquito.

—Ya lo sé.

—No es cierto, pero ahora mismo te...

—Eso lo dejamos para después —sonrió.

Caminaron por las calles. Todo parecía tan real que no les costó meterse en ambiente. Coches de caballos, vendedoras de flores, niños vociferando las últimas noticias de los periódicos. El marco perfecto para un fin de semana de ensueño.

Elegieron un pequeño restaurante no muy lejos del hotel.

—No puedo creerlo, todo parece tan real, que me inquieta —comentó Carol.

—Es por la máquina.

—¿Qué máquina?

—Hay una máquina al atravesar la puerta de entrada al hotel, que lo hace posible, ¿no te lo había comentado antes? Toda esta gente que ves no son actores, ni clientes como nosotras, son de verdad, ahora mismo andamos entre nuestros bisabuelos y tatarabuelos.

Carol le dirigió una mirada de reproche.

—¿Quieres dejar de fantasear, por favor?

—Vale, vale. No me creas, allá tú.

—No tienes remedio.

—Bueno vamos a ver que comían nuestros antepasados —dijo mirando la carta. Carol la miró con todo el cariño que sentía por ella.

El camarero les atendió y disfrutaron de un desayuno «muy especial».

Decidieron dar un paseo y perderse por las calles.

—Creo que me gusta este siglo, no hay ruidos de coches.

—Sí, a mí también me gusta —dijo Malena—. Mira un parque y suena música ¿vamos?

—Por supuesto —contestó Carol.

Se sentaron en las sillas del parque, había bastante gente. La banda tocaba en el original templete.

—¿Verdi? —Le dijo Malena al oído.

—Por supuesto —contestó Carol complacida.

El pequeño concierto terminó y decidieron volver a la ciudad para empaparse del ambiente.

Escaparates con moda del momento, tiendas de comestibles, limpiabotas y hasta tranvías tirados por caballos.

—Vamos a subir —le animó Malena.

Dos caballeros le cedieron el asiento, Malena y Carol se lo agradecieron con un gesto.

—Siempre he querido hacer esto —dijo Malena mirando al resto de pasajeros.

—Yo también, cuanto más veo, más me gusta.

—Mira, esta calle tiene muchos restaurantes y terrazas, ¿vamos?

Se levantaron y Carol fue a tirar del cable para hacer sonar el timbre y que el tranvía se detuviera.

—¡Por favor!

Malena la miró con cara de niña pequeña.

—Vale —dijo en tono complaciente—. ¡Gracias!

Malena tiró mirándola divertida.

—Eres como una niña.

—¿Y eso te gusta?

Carol se limitó a mirarla.

Decidieron volver al hotel a última hora de la tarde.

—¿Qué tal un paseo en coche descubierto?

—Genial.

Pararon uno y se subieron.

—Sé que lo he dicho muchas veces, pero es que ¡me encanta! —Dijo Carol entusiasmada.

—Y a mí, que lo disfrutes.

—Pero mucho más, por estar contigo —respondió acercándose a ella.

—Carol, por favor, ese guardia nos tiene echado el ojo —dijo mirando a uno apostado en una esquina.

Carol se echó a reír.

Llegaron al hotel y fueron directamente a cenar al restaurante que daba al jardín. Estaba acristalado y tres músicos animaban la velada. Los camareros vestidos con trajes negros, pajarita y largos delantales blancos, servían solícitos a los clientes.

—Esta tarde se celebra un baile aquí en el hotel —dijo Carol mirando el programa.

—Esta música siempre me recuerda a ti —dijo Malena mirando el estrado.

—¿Y qué piensas? —Malena giró la cabeza y la miró.

—Me hace sentir paz —clavó su mirada en ella.

—No puedo tocarte, es horrible —dijo rozando imperceptiblemente la punta de su dedo por el contorno de su mano.

—Eso ha sido peor todavía.

—De parte de esos caballeros —el camarero dejó dos copas de champán sobre la mesa.

Miraron a dónde le había señalado y levantando su copa se lo agradecieron.

—¡Oh, no! ¿Y ahora qué? —Dijo Malena.

—Pues nada, una sonrisita y cumplidas.

—Pues yo creo que no se van a conformar.

—Venga, vamos a prepararnos para el baile.

Carol miraba el armario y no se decidía por ningún traje.

—¿Este? —Se lo puso por encima, mirándose al espejo—. No, ese no.

—¿Y este?

—Tampoco.

—Entonces, este.

—No.

—¿No te gusta ninguno?

—Todos —contestó Malena, sentada en la cama.

Carol se dio la vuelta:

—Pero bueno, ¿y entonces?

—Ese es el problema, más de uno, va a querer sacarte a bailar. Y sé de alguno que lo está deseando.

Carol sonrió y se sentó a su lado.

—Pero cariño. A lo mejor ligas tú, con un señor de posibles —se rio.

—Muy graciosa.

Carol levantó su barbilla y la besó.

—Nada como esto —dijo saboreando sus labios.

Terminaron de arreglarse y Malena tenía una molesta sensación. Lo que había pasado en el restaurante y ver cómo alguien se interesaba por Carol, le hizo recordar la sensación que siempre se le quedaba cuando Lucía se iba a casa con su marido. Y ahora esa sensación había vuelto. Y escocía como siempre. «Otro recuerdo más en su honor» dijo para sí mientras entraban el salón de baile.

—Estás preciosa —le dijo Carol en un susurro.

Malena intentó no pensar más en ello: «Estás aquí, pásalo bien y olvida esa tontería».

Se mezclaron con la gente que estaba alojada en el hotel. Formaron un grupo y parecía que la fiesta empezaba a despegar. Bailaron, dejándose llevar por el agradable ambiente. Todos vestidos de época, la decoración, la música, todo, invitaba a relajarse.

Pero para Malena, no fue exactamente así. Un baile, dos, vale; pero eso, ya le pareció demasiada insistencia. Por no contar que se sentó a su mesa, y no dejaron de hablar. Carol parecía muy interesada en lo que le contaba. Parecía que su amigo le entretenía a ella, para que tuviera el camino despejado.

—Un vals, ¿vamos?

Malena fingió charlar con interés, pero sin perderlos de vista. Salió fuera quería estar sola.

«¿Y si me pasara lo mismo con Carol que con Lucía? El pánico se apoderó de ella. ¿Y si decidiera cambiar? Pensó en Lucía, por lo menos con ella, lo tenía claro, y sabía lo que había. Pero ahora con Carol, las dudas la quemaban. ¿Pero por qué iba hacerlo? Nunca le notó ningún interés, pero ¿quién sabe? No, era ridículo. ¿Entonces,

por qué no dejaba de tener ese convencimiento? ¿O sólo era por su historia con Lucía?».

Había quedado tan tocada que aún dolía. Pensó en ella, por un momento, si hubiera estado allí, ahora no estaría sentada, perdiendo horas de esa bonita tarde.

Miró el sol, y dio un largo y profundo suspiro.

Carol no la veía por ninguna parte. Por fin la vio aparecer, dio una excusa, y dejó a su compañero de baile para sentarse junto a ella. Malena siguió conversando como si nada. Al poco se levantó con otra persona de la mesa y fueron a la barra. Se les unieron dos más, y se quedaron un rato de pie.

Carol se levantó y también se unió a ellos.

—¿Quieres algo? —Le preguntó una de las chicas.

—No, gracias.

Miró a Malena, tenía una actitud indiferente hacia ella. Estaba molesta. El colmo fue cuando salió a la terraza, junto a varias personas más. ¿A qué venía esto? No pensaba ir detrás, volvió a la mesa, y se sirvió algo de beber.

—Me han dicho que es muy divertido —comentaba sentándose una mujer con las que había salido fuera.

—Nosotros vamos —contestó una pareja.

—¿Os apuntáis? —Les preguntaron.

—¿De qué se trata? —Dijo mirando a Malena, quería que le contestara, en cambio no lo hizo.

—Esta noche hay un teatro de variedades. Como se hacían antes con una pequeña orquesta y todo —contestó la persona sentada frente a ella.

—¿Te apetece?

Malena la miro por primera vez.

—Por mi sí, pero lo que tú quieras.

—Entonces nosotras también iremos.

—Estupendo reservaré las entradas —el hombre se levantó.

Malena sintió un poco de alivio. Los dos hombres que no les habían dejado un minuto. No habían dicho que quisieran ir. «A lo mejor con un poco de suerte». «Lo mejor es actuar como si nada, y dejar las *neuras*. Eso es, no pensar tanto, dejarlo estar, es normal que hable y charle con quién quiera. ¿Pero qué te pasa?, se reprochó».

Cuando salió de sus cavilaciones, comentaban la función, de esa noche.

Carol la miraba interrogándole con la mirada. Hizo como si nada, fijando su interés en la pista de baile.

—Nosotros nos vamos, nos vemos esta noche.

Los demás también se levantaron. Se quedaron solas. Malena no dejaba de mirarla. «No me extraña que ese tío lo intente, con esos ojos que tiene».

—Voy a por la última —dijo levantándose.

—¡Malena! —Se dio la vuelta. Carol la seguía—. ¿No crees que ya es suficiente?

—Tampoco he bebido tanto.

—No me refiero a eso. Vamos arriba, tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Por favor.

—Como quieras —suspiró.

Carol la dejó pasar y fue detrás de ella.

—¿Bien de qué quieres que hablemos? —Dijo sentándose en la ventana.

—¿Me estás ignorando?

—¿Qué?

—He llegado a convencerme de que me había vuelto invisible para ti.

—No tenemos que estar pegadas, además hay que disimular, ¿no?

—¿Tanto como para no hablarme siquiera?

«¿Se habría excedido haciendo cábalas? Carol le reprochaba su falta de atención hacia ella. ¿Y si su mente le había jugado una mala pasada? Tendría que controlar eso. Podía hacer mella en su relación con Carol y eso jamás».

—¿Te ha molestado algo?

Malena no la escuchaba.

—Malena, ¿qué es lo que te pasa? —Dijo impotente.

—Nada, nada.

—¿Es por mí? Por favor dime que he hecho mal para que no vuelva a ocurrir. No soporto esta sensación, duele y mucho. Habla conmigo, por favor.

Vio en sus ojos una súplica. Todo había sido por su maldito miedo.

—¿Todo viene por bailar con ese chico? Lo siento, me estaba divirtiendo.

—Y a mí, me parece muy bien. Yo no voy a controlarte ni nada de eso, y no pienses por lo más remoto, que pueda estar celosa, me da exactamente igual lo que hagas.

—¿Ah, sí? ¿Te da igual?

Malena se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—No, claro que no, me refiero a que, no me molesta en absoluto que te diviertas, a eso me refiero. Confío en ti, y no soy de esas personas celosas sin motivo alguno.

—Creo que he hecho algo que te ha molestado.

—No has hecho nada, soy yo, solo tengo que acostumbrarme.

—¿A qué?

—A ti —Carol la miró en una súplica—. Abrázame —le dijo buscando el refugio de sus brazos.

Malena se sintió derretir al sentir su cálido contacto.

—Eres lo único que me importa, ¿lo sabes verdad? —Le dijo Carol.

—Lo sé —dijo acariciando su pelo.

Carol se acurrucó más todavía contra ella.

—Te quiero, no me trates así, por favor. Creí que te daba igual.

Carol buscaba su calor, Malena acariciaba su espalda.

—No podemos desperdiciar nuestro tiempo así. Tenemos que sacarle todo el jugo que podamos, exprimirlo al máximo.

Carol levantó la cabeza y la miró.

—Soy una idiota.

—¿Me sigues queriendo?

—Todavía más.

Carol besó su cuello.

—Te necesito más que nunca. Lléname de ti.

Al día siguiente, comieron sentadas en el césped del parque, bajo un árbol. Con la clásica cesta de mimbre y todo. Disfrutaron del día, incluso remaron en el lago.

—¿Tengo que remar yo? Dentro de dos días, tengo un concierto, no puedo ir con las manos llenas de callos —se rio Carol abriendo su sombrilla para protegerse del sol.

—Eres una tramposa. ¿Y quién va a trabajar con agujetas?

Por la tarde terminó el bonito sueño. Se hicieron una bonita foto de recuerdo.

—Me da pena irme —dijo al subirse al coche.

—¿Eso quiere decir que he acertado?

—De pleno —dijo besándola.

Malena le ayudó a sacar el equipaje.

—Quédate esta noche, por favor.

—No me apetecía irme, la verdad. Entraron en casa.

—Bueno, ya estamos en el siglo XXI de nuevo —dijo Malena dejando la maleta—.

Pero lo bueno es que podemos ir al XIX cuando queramos.

Puso sus brazos alrededor de su cuello.

—A ti, te sienta muy bien ese siglo ¿sabes? Te hace tipazo.

Carol, se rio.

—Pues a ti, te pega más de...

—¿De qué?

—Bueno la barca se te daba muy bien.

Volvió a reírse.

—La próxima vez no pienso hacerlo —le dijo enseñándole sus manos.

—Pobrecita, ven, vamos a cuidarlas, para que vuelvan a estar suaves como a mí me gustan.

Malena no lo pudo evitar y al llegar a casa, miró su móvil. Nada.

El semáforo se cerró, se detuvo al lado del coche, por su lado derecho. Se levantó la visera del casco y miró distraídamente a su ocupante, por poco se le cae la moto.

Lucía la miraba tan sorprendida como ella. Fueron unos segundos interminables, Lucía dirigió la mirada hacia delante, cerrando por un momento los ojos, incapaz de soportarlo.

Por fortuna el semáforo se puso verde, y se pusieron en marcha. Malena pasó a su lado adelantándoles para pararse a un lado unos metros más adelante. No podía con el temblor de su cuerpo. Se bajó y dio unos pasos para tranquilizarse.

Lucía no dejaba de mirarla, temblaba por igual. Su hermana afortunadamente no se percató de nada.

Todo ese tiempo sin verla, fue un infierno. No se la podía quitar de la cabeza, si ya había sido duro, apartarla de su vida durante este tiempo, ahora al volver a verla, era simplemente insufrible.

Fueron a salir del coche, pero Lucía no se movió. Su hermana Rocío, la miró.

—¿Cariño, te encuentras bien?

Lucía no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas.

—Ven aquí —la abrazó.

Dejó salir toda su angustia y se echó a llorar con toda la tristeza que sentía. El dolor era insoportable.

—Dime qué pasa —acariciaba su pelo, Lucía temblaba de pies a cabeza. Lloró más todavía.

Su hermana, dejó que se desahogara, sentía cómo se aferraba a ella. Estaba asustada.

—Eso es, deja escapar lo que te come por dentro, te sentirás mejor. Tranquila, estoy aquí, para lo que necesites.

—Te quiero, y no soportaría que me odiaras —dijo entre sollozos Lucía.

—¿Odiarte? Jamás. ¿Me oyes?

Lucía algo más calmada, se incorporó y miró a su hermana. Vio la preocupación en su cara.

—Cuando sepas todo, sé que nada será igual entre nosotras.

No dejaba de llorar.

—Eso es imposible, eres mi hermana, y por muy horrible que sea, siempre estaré a tu lado.

—No, esta vez, no. Os he engañado a todos y me siento una miserable.

—Lucía, por favor, cuéntamelo.

Lucía la miró con toda la pena de sus ojos.

—Todo ha sido una mentira.

—¿Qué quieres decir?

—Mi vida entera —se tapó la cara con las manos.

Rocío estaba realmente preocupada, muy preocupada.

—Por favor, ¿a qué te refieres?

Lucía levantó la mirada y clavó su pesar en su hermana, que estaba a punto de darle un ataque.

—Eres lo más importante para mí, y no voy a soportar no verte más.

—¿Qué ocurre? Te lo suplico.

Vio que Lucía dudaba.

—Escúchame, pase lo que pase, o sea lo que sea lo que vayas a contarme, siempre, ¿me oyes bien? Siempre estaré a tu lado. Tú también eres lo más importante para mí, te quiero y siempre estaremos para lo bueno y para lo malo. Y nada podrá cambiar eso.

Tenía su cara entre sus manos y la miraba con toda el cariño.

—Lo sé, pero...

Lucía cogió aire. Si hice lo que hice, fue por evitaros el disgusto, opté por callarme, y sufrirlo en silencio, pero ahora todo ha cambiado, y no puedo más. Me come por dentro y me siento morir. Volvió a llorar de nuevo. Su hermana se temía lo peor.

Levantó la vista y miró fijamente a los ojos de su hermana.

—Estoy enamorada y tengo una relación con otra persona desde hace dos años —dijo del tirón.

La cara de su hermana reflejaba estupor.

—Y, ¿por qué no me lo has dicho antes?

—Por pura cobardía.

—¿Y qué ha cambiado para que me lo digas ahora?

—Nos separamos, por varios motivos, y esta mañana hemos coincidido.

—¿Un compañero de trabajo?

Lucía suspiró.

—Esta es la segunda parte... Es una mujer.

—¿Qué?

—Una amiga de mi socia.

Ya no pudo más y se bajó del coche. A Lucía se le hizo un nudo en el estómago. Salió y fue a su lado, pero su hermana la rechazó levantando su mano. Lucía sintió que el mundo se hundía a sus pies.

—Necesito estar sola, se metió en el coche, y se marchó.

Lucía se quedó de pie viendo cómo se alejaba. Todo se derrumbaba a su alrededor. Hundida por completo se metió en casa.

Tuvo que parar el coche, si no se hubiera estrellado. Los nervios no la dejaban pensar con claridad. No podía creer lo que Lucía le acababa de contar. «Una mujer» «y dos años». Había mentido a todos, haciendo creer lo que no era. Llevaba una doble vida y nadie sospechó nada nunca. ¿Y Esteban? Tendría que haber notado algo, vivía con ella. De repente cayó en la cuenta. Viajaba constantemente por motivos de trabajo. ¡Claro! Podía disponer de ese tiempo a su antojo. Y su antojo resultó ser una... ¡Increíble!

¿Qué pensaría su familia de todo esto? Se quedó pensando en Lucía. ¿Y qué más daba? Lo único importante era su felicidad y ella la había dejado tirada. Había hecho acopio de valor, y su reacción, su estúpida reacción, fue salir corriendo sin querer saber nada más. ¿Qué pensaría de ella? Se había sincerado en busca de consuelo, y había huido.

Arrancó el coche y volvió.

No tenía la seguridad de que la recibiera. Pero era su hermana, y tenía que saber que estaría a su lado pasara lo que pasara, y se enamorase de quién se enamorase. Pero primero le daría toda clase de disculpas.

Llamó a la puerta, Lucía no tardó en abrir. Sus ojos enrojecidos e hinchados delataban el sufrir de su interior.

—Soy una imbécil. Te quiero.

Lucía se abrazó a ella y la besó con todo el cariño que sentía por su hermana.

—Lo siento, perdona, solo me importa tu felicidad. ¿Lo sabes verdad?

—Lo sé —volvió a estrecharse contra ella.

Lucía sintió un alivio infinito. Se sentía protegida.

—¿De verdad me perdonas?

—Por supuesto, tu reacción ha sido totalmente lógica. De repente te suelto una bomba.

Se miraron dedicándose una cariñosa sonrisa.

—Vamos dentro y me lo cuentas más tranquilamente, con una taza de café.

Cuando Lucía terminó, observó la cara de su hermana. Rocío, intentaba asimilar lo que acababa de escuchar.

—Espero por su bien, no encontrarme con ella.

Lucía sonrió.

—En cierta manera, y no quiero disculparla, ni mucho menos. Es lógico, yo la tenía esperando la próxima llamada, el siguiente mensaje. Hasta que no le daba «permiso» no podía dar señales.

—Eso no dice mucho a tu favor, la verdad.

—Lo sé, pero no quería correr riesgos.

—Y aún así, ella esperaba.

—Sí, hasta que conoció a... —No pudo terminar la frase—. Con ella tenía lo que le estaba prohibido contigo —Lucía suspiró—. Lo sé, de algún modo, yo, la empuje a eso.

—¿Y ahora?

—No lo sé. Lo único cierto es que al verla otra vez, todo ha vuelto a surgir en el mismo sitio dónde estaba, agazapado y dolorido.

—¿Y qué pasa con Esteban?

—Lo hemos hablado, lo ha tomado tan bien como ha podido, el pobre. Ha empezado a sacar sus cosas del piso. Prefiere que yo siga viviendo allí. Él viaja mucho y su idea es alquilar un estudio.

—Es un buen hombre.

—Sí, lo es y no pienso renunciar a su amistad. Han sido muchos años y le quiero.

—¿Vas a decírselo a papá y mamá?

—Creo que es lo justo.

—No te preocupes, se lo diremos las dos.

Lucía la dedicó una sonrisa triste. Sintió como una bendición, el abrazo cálido de su hermana.

Malena por su parte, todavía sentía el aguijonazo de sus ojos. Se le habían clavado hasta el alma. La comía la ansiedad. Lucía había decidido no seguir. ¿Qué podía hacer ella? Pero ¡cómo dolía!

No quería pensar en nada, solo disfrutar de la compañía de Carol. Tenía que pasar página de una vez. Le miró y su corazón le dio un pellizco.

Otra noche de pasión y ternura. Lo mejor despertarse a la mañana siguiente, mirarse a los ojos, y darse un beso cómplice de «buenos días» acurrucadas una en la

otra.

En esta ocasión, cuando se despertó, Carol ya no estaba. Extendió el brazo y acarició el hueco de su lado de la cama. La quería, le había hecho ver que podía llevar una vida como todos. Se consideraba afortunada de tenerla a su lado. Todo con ella, parecía más sencillo y fácil.

Al volverse para levantarse, vio un sobre en la mesilla. Un beso de carmín, a modo de cierre decoraba el sobre. Sonrió.

Había una nota junto al sobre. Se sentó en el borde de la cama, desdoblando la pequeña hoja de papel.

«Te quiero», debajo, había hecho un dibujo de una rama de acebo, se puso nerviosa. Y más todavía cuando vio los dos billetes de avión para Montreal.

Eso, solo significaba una cosa. ¡Le habían concedido la beca! Se alegró enormemente. Se lo merecía, eso y más. Se merecía todo lo bueno que pudiera pasarle en la vida.

Ahora entendía la actitud de Carol. Durante toda la semana había estado rara. Ella lo achacó al cansancio, había tenido una semana dura, y llegaba agotada. Pero no podía adivinar la verdadera razón. Le había estado ocultando hasta el último momento lo de la beca. Pensó en lo que Carol le estaba ofreciendo. No se trataba de acompañarla simplemente, le estaba pidiendo dar el salto con ella. ¿Quería darle a entender lo importante que era su relación?

¿Y ella, seguiría ocultándole lo de Lucía? Se angustió solo de pensarlo. No se lo merecía.

Se vistió y se fue a su casa. Necesitaba estar sola y recapacitar. Poner en orden sus ideas.

Llamaron a la puerta y por poco se cae redonda. Lucía plantada frente de ella.

No hicieron falta más que sus miradas. Se entregaron sin más.

Abrazadas encima de la cama, entrelazaban sus manos.

—Era como si mi cuerpo y mi mente embrujados, me guiaran hasta aquí. Cuando me he querido dar cuenta, llamaba a tu puerta.

—Y yo me alegro de eso.

—Cuando te vi en la moto, creí que era mi último día, sentí tal dolor, que pensé que había llegado mi hora.

—Yo me tuve que bajar de la moto, me temblaba todo el cuerpo y por poco me caigo.

—¿Eso significa que hay sitio aquí, para mí? —dijo poniendo su mano sobre su pecho.

—Has hecho que ese trocito vuelva a latir.

Acarició su cara, las dos lloraban por igual. La besó con toda la pasión, sus labios tenían un sabor salado. Su cuerpo, la llamaba, reclamándola en un grito suplicante y silencioso.

No la oyó marcharse, miró el reloj, era bastante tarde, encendió la luz, y fue a la cocina. Apoyado en la cafetera, un sobre cerrado esperaba. Le dio un pellizco el estómago.

Se quedó de piedra cuando vio los billetes de avión a Finlandia. Y se tuvo que sentar cuando sostuvo entre sus manos, la fotocopia de los papeles de divorcio. Lucía adjuntaba una nota, no atinaba a desdoblarla. Olía a su perfume. Empezó a leer.

«Asumiré sumisa el papel de resignada amante. Esperaré paciente a que quieras compartir un momento conmigo de tu tiempo, por muy breve, que sea. Haré lo que me pidas, pero no me apartes de tu vida; yo te entrego la mía para que hagas con ella lo que quieras. Estoy en tus manos, me abandono a ti, puedes disponer de mí, a tu antojo y capricho. Sin ti, todo se convierte en una terrible pesadilla. En una agónica travesía por días vacíos y sin sentido. Si tengo la fortuna de volver a tu vida, será un placer hacer realidad tu sueño. El mío eres tú».

Las lágrimas apenas la dejaban ver, la angustia y el miedo, respirar.

Malena estaba paralizada. Nunca en su vida pasaría por una experiencia semejante. No sabía qué decir, no podía pensar, todo su ser, se hallaba en un estado de conmoción extremo.

La noche no sirvió para tranquilizarse, fue la más larga de su vida, pasó las horas pensando qué hacer. Quería a las dos, pero no podía ser, no quería alargar el sufrimiento de una, y provocarlo en la otra. Siempre se compadeció de sus amigas cuando se veían en una situación así, pero ahora ella lo estaba viviendo, y era terrible, angustioso, y sobre todo extremadamente cruel.

Ahí estaba, con los dos billetes, uno en cada mano. Sonrió. Qué irónica puede ser la vida. De un día para otro, recibía dos proposiciones que podían cambiar su vida.

¿Pero qué hacer? Lucía o Carol.

Quedarse y casarse con Lucía o cambiar su vida por completo con Carol.

¿Si se decidía por Lucía? ¿Cambiaría todo entre ellas? ¿Se acabaría la pasión? ¿A la larga sufriría su relación?

¿Y Carol? ¿Se adaptaría a vivir tan lejos? Ella tendría su trabajo, con su música. Estaría en su mundo, ¿pero y ella? Sería empezar de cero. ¿Y si al final, no resultaba como esperaban?

En cualquier caso, decidiera lo que decidiera, iba a estar con la mujer que amaba.

Y las dos estaban decididas a empezar una nueva vida con ella.

Lucía había afrontado todos sus miedos y temores, incluso haciendo lo más difícil, perdonándola. Y la carta... Todo por estar a su lado.

Y Carol, había dejado claro la fuerza de sus sentimientos, proponiéndola una aventura juntas. Se complementaban a la perfección.

Se levantó y dio unos pasos, se asomó por la ventana. Era un día precioso. Para ella en cambio, era un punto de inflexión en su vida.

Puso los billetes encima de la mesa, los miró, parecían atraerla cada uno por su cuenta.

Cogió las llaves de la moto. Condujo sin rumbo por las calles, salió fuera de la ciudad, cuando volvió a casa, empezaba a anochecer.

Los billetes seguían encima de la mesa. Se sentó, pasó sus dedos por ellos, en una caricia, y sin dejar de mirarlos... Tomó una decisión.



ISABEL MONTES (Madrid, 1965). Nace el 28 de junio de 1965 en Madrid. Desde muy joven precisa canalizar todo aquello que la afecta y elige como alternativa a su gran aliada: La escritura. No será hasta agosto del 2011 cuando vea su sueño cumplido. Publicar su primera novela «*Enredadas*» con la Editorial Odisea y en el 2012 junto a otros escritores, su relato «*Cruz latina*» en el libro «*Mi amor de verano*».